EL TEATRO.
COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LIRICAS.

AFECTOS
DE ODIO Y AMOR,

COMEDIA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

D. ANTONIO GARCIA GUTIERREZ.

SEGUNDA EDICION.

MADRID.
HIJOS DE A. GULLON, EDITORES.
OFICINAS: POZAS—2—2.°
1883.

5

AUMENTO Á LA ADICION DE FEBRERO DE 1882.

COMEDIAS.

TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Propiedad que corresponde
Agua vá	1	D. Rafael Blasco	Todo.
De picos pardos	1	J. M. Casademunt	»
Desgracia y virtud	1	José F. Camacho	»
Doña María Pacheco	1	José G. Cabiedes	Mitad.
El compromiso de Caspe	1	Márcos Zapata	Todo.
El ojeo	1	Manuel Valcárcel	»
El ruiseñor	1	Sres. R. Bolumar y Manuel Melend. Paris	»
Fiera domada	1	Contreras y Giner	»
Filosofía alemana	1	D. José Jackson Veyan	»
Fuera de la ley	1	E. Navarro	»
Gratis á los pobres	1	E. Navarro	Mitad.
Juzgar por indicios	1	G. Pou	Todo.
Juanete	1	Francisco Alba Rizo	»
Justa venganza	1	R. Mateos	»
La alondra y el gorrion	1	E. S. Rocaberti	»
La mágia electoral	1	N. N.	»
La peor venganza	1	E. Navarro Gonzalvo	»
La puerta del Saladero	1	Juan Utrilla	»
La voz del pueblo	1	Sres. Fuentes y Solsona	»
Salirse con la suya	1	D. L. Larra y Ossorio	»
Los viejos verdes	1	G. Pou	»
Una vieja verde	1	R. Mateos	»
Un plato del Japon	1	R. García Santisteban	»
Una charada	1	Fernando Guerra	»
Un drama en la venta	1	Juan Utrilla	»
Un hombre de bien	1	Pedro Marquina	»
El arte de pedir	2	Sres. Ossorio y Guillen	»
Los padres nuestros	2	Lustonó y Bedmar	»
Las burlas veras	2	D. E. Navarro	»
Mundo, demonio, y... demas	2	G. Perrin y Vico	»
Cruz y corona	3	José G. Cabiedes	»
El castillo de Zadra	3	R. Mateos	»
El Mesías	3	Sres. E. Zumel y L. Arnedo	L. y M.
El Secreto	3	D. Eusebio Blasco	Todo.
El capitan Buridau	3	Fernando Guerra	»
El juez de su causa	3	Manuel Rovira	»
Herir con honra	3	Manuel Rovira	»
Juana la Rabicortona	3	Fernando Guerra	»
La corona de abrojos	3	Márcos Zapata	»
La cadena del crímen	3	E. Navarro	Mitad.
La lengua	3	Enrique Gaspar	Todo.
Los dos curiosos impertinentes	3	José Echegaray	»
Los hermanos de la Costa	3	Fernando Guerra	»
Los pechos privilegiados	3	J. Campo-Arana	»
Los conocimientos	3	José Marco	»
Trabajos de zapa	3	Eduardo Navarro	»

AFECTOS DE ODIO Y AMOR,

COMEDIA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON ANTONIO GARCIA GUTIERREZ.

Representada con aplauso en el Teatro de la COMEDIA.

SEGUNDA EDICION.

MADRID.—1883.

IMPRENTA DE COSME RODRIGUEZ,
SOBRINO DE DON JOSÉ RODRIGUEZ.
Calvario, n.º 18.

INES. Pues digo!..
BEATRIZ. Me maravilla!
Las rosas en la mejilla
son indicios de salud:
la salud, arguye calma,
y ésta, con toda evidencia,
es señal de indiferencia
y embotamiento en el alma.
INES. Pues no puede sin pasion,
haber belleza?
BEATRIZ. Sí habrá;
pero nunca inspirará
amor, sino admiracion.
El hombre nunca es devoto
de la estátua yerta y muda,
y ellos lo entienden sin duda.
INES. De mucho peso es el voto!
BEATRIZ. Y la palidez, tambien
da expresion á un rostro bello.
INES. Quiero persuadirme de ello.
Y en efecto, me está bien.
(Volviendo á mirarse al espejo.)
BEATRIZ. (Qué pronto se convenció!) (Con ironía.)
INES. Y dime, Beatriz.
BEATRIZ Señora?
INES. Qué me dices de Teodora,
es mas bonita que yo?
BEATRIZ. Qué puede haber de comun...
INES. No es cierto?
BEATRIZ. De ningun modo.
INES. Pues mira. Beatriz! con todo;
lo creerás? presume aún.
BEATRIZ. Delirio!
INES. Y sabes quizá
puesto que con ella fuiste
al convento, ¿en qué consiste
que tan abatida está?
De qué nace esa reserva
conmigo, que la entristece?
BEATRIZ. No lo sé: mas me parece
que no pisá buena yerba.
INES. No me ha de pasar el dia

sin lograr...

BEATRIZ. No es fácil cosa.

INES. Pues mira, yo soy curiosa
y he dado en esa manía.
De verla tan reservada,
que al fin es mujer, me espanto.

BEATRIZ. En efecto.

INES. Dame el manto.
Sino es que está enamorada!

BEATRIZ. Enamorada? imposible!
siempre en reclusion estrecha...

INES. No está demas la sospecha:
es jóven, no es insensible,
sale á misa y á sermon,
y para dejarse ver,
digo! no son menester
mucho lugar ni ocasion.
¿Pues necesitamos tanto
para escuchar una queja,
si no en la paz de la reja,
bajo el misterio del manto?
¿Qué paredes ni cerrojos
de amor el poder contrastan.
si para entenderle bastan
el corazon y los ojos?

BEATRIZ. Trampas sabeis del amor?
Qué fuera?...

INES. Calla! (Con fingido rubor.)

BEATRIZ. Me engaño?

INES. Acaso no.

BEATRIZ. Ya no extraño
que hayais perdido el color.

INES. Mira.
(Señalando á Teodora que sale por la izquierda pensativa y en traje de luto.)

BEATRIZ. Ocasion más feliz...

INES. Y no he de ser yo quien soy
si no logro saber hoy...
Déjanos solas, Beatriz.

ESCENA II.

INÉS, TEODORA. Esta se habrá sentado al extremo opuesto de Inés.

INES. Por qué siempre tan callada?
(Dirigiéndose al lado donde está Teodora y apoyándose en el respaldo de su silla)
Qué tienes?
TEODORA. Melancolías.
INES. La causa?
TEODORA. Son penas mias.
INES. Cuéntame!...
TEODORA. Que no! no es nada.
INES. Me tratas con sequedad.
TEODORA. Y para qué saber quieres?...
INES. Secretos entre mujeres
arguyen enemistad.
TEODORA. Te engañas.
INES. Mas tu tristeza
no es tal, ni lo quiera el cielo,
que no permita consuelo. (Con intencion.)
TEODORA. Eh? (Mirándola asombrada.)
INES. Perdona mi franqueza (Se sienta á su lado.)
TEODORA. ¿No hay en mí razon bastante
para este amargo tributo?
¿no ha de reflejar mi luto
del corazon al semblante?
INES. No digo que no: es razon
que esa pérdida lamentes;
mas... ¿no es el dolor que hoy sientes,
de diversa condicion?
TEODORA. ¿Pues tú de esta pena mia
puedes sondar el abismo?
INES. Tal vez nacen de lo mismo
tus penas y mi alegría!
TEODORA. Inés! (Turbada.)
INES, No somos perfectos (Con malicia.)
TEODORA. Pero cómo puede ser?..
INES. Á veces suelen nacer

de una causa, dos efectos.

TEODORA. Si no explicas tu intencion,
no sé...

INES. No me has comprendido?

TEODORA. Cómo puedo?

INES. ¿Quién te ha herido
(Mirándola fijamente.)
ese pobre corazon?

TEODORA. Por Dios! no irrites, Inés,
este pesar que devoro!
harto á mis solas le lloro.

INES. Conque he acertado! lo ves?

TEODORA. Quién te dijo?..

INES. Á nuestra edad,
qué hay que pensar sino en bodas?
¿y no adolecemos todas
de la misma enfermedad?

TEODORA. Luego ya sientes amor?

INES. Pacto recíproco.

TEODORA. Bien.

INES. Mútua confianza.

TEODORA. Y quién?..

INES. Un galan como una flor.

TEODORA. Tú, tan severa y altiva,
querer? cuéntame esa historia.

INES. Téngola yo en mi memoria,
siempre tenaz; siempre viva.

TEODORA. Y cómo fué?

INES. De la guerra,
apenas sordo el rumor
vino á sembrar el terror
por la faz de nuestra tierra,
temeroso el padre mio
y á nuestro peligro atento,
á tí te mandó á un convento,
y á mí á Niza, con mi tio.
Mas por cuanto, aquel lugar,
aunque pobre y retirado,
fué en breve tiempo turbado
por la gente militar.

TEODORA. Qué me cuentas?

INES. Entró un dia

en casa, que nunca entrara,
un capitan...

TEODORA. (Cosa rara!)

INES. Todo gala y bizarría.
Díjome yo no sé qué
de amor, de penas, de celos;
pero yo, saben los cielos
que al principio, ni escuché.
Pasó un dia y otro dia:
lucharon desden y amor,
yo constante en mi rigor,
él tenaz en su porfía.
Mas, ¿quién en lucha tan fiera
de que ha de vencer se alaba?
el capitan me estrechaba,
Teodora, de tal manera!...

TEODORA. Que al cabo vino á prender
el fuego en tu pecho duro.

INES. Mina la constancia un muro,
qué no hará de una mujer?

TEODORA. Y el nombre supiste?...

INES. Sí:
cómo no? don Juan se llama.

TEODORA. Y te ama, Inés?

INES. Que si me ama!

TEODORA. (Algun misterio hay aquí.)
Y es... capitan!

INES. Capitan.

TEODORA. (Válgate Dios por el hombre!)
Y don Juan tiene por nombre!

INES. Así se llama: don Juan.

TEODORA. ¿Nunca has temido mudanza
en él?

INES. Satisfecha estoy.

TEODORA. Pues bien: ahora, Inés, yo voy
á pagar tu confianza.

INES. Dí.

TEODORA. Cuando corrió esa voz
que turbó nuestro sosiego
hízome llevar don Diego
á un convento de Estremoz.
Mas tambien...—Es maravilla

lo semejante...

INES. Qué, dí?

TEODORA. Tambien entraron allí
los soldados de Castilla.

INES. Ya sé, pero...

TEODORA. Un capitan,
Dios le pague el buen ejemplo,
dió en visitar nuestro templo
con harto notable afan.
Al pie de la reja mia
y al hacer yo mi oracion,
siempre aquel santo varon
tambien su oracion hacía.
Poco á poco, alzando fué
hácia mí, tiernos los ojos;
y yo fulminando enojos...

INES. Te ausentaste.

TEODORA. Le miré.
Primero con pesadumbre:
mas tarde con aficion.

INES. Ya! por lo visto, esos son
los trámites de costumbre.

TEODORA. Un dia, por no sé cual
motivo, alguna rencilla,
amotinóse la villa
contra la hueste real.
Hubo desdichas y muertes
de soldados y villanos;
pero al fin los castellanos
vencieron, como más fuertes,
y apaciguado el motin,
en venganza del ultraje,
abandonóse al pillaje
la soldadesca ruin.
Ya pienso que te he contado
otra vez...

INES. Ya me dijiste
cómo en ese lance triste
la vida te dió un soldado;
mas si fuese...

TEODORA. Él mismo, Inés.

INES. Te habló?

TEODORA. Falta yo de aliento,
ni aun pude en aquel momento
agradecerle cortés.
Enlazada entre sus brazos,
juzga tú cual estaría,
que ni á su voz respondía
ni esquivaba sus abrazos.

INES. Nada le hablaste?

TEODORA. Y me pesa.

INES. Tanto el desmayo duró? (Con malicia.)

TEODORA. No mucho; pero llegó
á mal tiempo la abadesa.

INES. Pues digo! que á no llegar
la madre...

TEODORA. Qué estás hablando?

INES. No sé, Teodora, hasta cuando
te dejabas abrazar.

TEODORA. Qué quieres? toda turbada
por el susto...

INES. Y el contento...

TEODORA. Si he de decir lo que siento,
no estaba muy mal hallada.

INES. ¿Y nada has averiguado
que dar pueda alguna luz?...

TEODORA. Me han dicho que es andaluz.

INES. Malo! y su clase, su estado?...

TEODORA. Entiendo que es caballero;
mas no tan alto que asombre,
y supe, á mas de su nombre,
lo principal: que es soltero.

INES. Y no hay más?

TEODORA. Aquí concluye.

INES. Y el dueño de tu albedrío,
se llama...

TEODORA. Juan.

INES. Como el mio!
Y es capitan...

TEODORA. Como el tuyo!

INES. Nombre y clase! qué sería?...

TEODORA. Y ambos en esta campaña.

INES. Ciertamente.

TEODORA. ¿No es extraña,

Inés, nuestra simpatía?

ESCENA III.

DICHAS y D. DIEGO.

DIEGO. Inés?
INES. Mi padre!
DIEGO. ¿No es hora
de ir á misa?
INES. (En qué momento
vino! á lo mejor del cuento.)
DIEGO. (Ap., á Teodora.)
(Tenemos que hablar, Teodora.)
INES. (Secretos entre los dos?)
DIEGO. Á qué esperas? (Á Inés.)
INES. Voime ya. (Con humildad.)
DIEGO. No te tardes.
INES. (Qué será?)
Vuestra mano, padre.
(Besando la mano á su padre.)
DIEGO. Adios.
(Inés se va por la derecha.)

ESCENA IV.

TEODORA, D. DIEGO.

DIEGO. Teodora?
TEODORA. Señor?
DIEGO. Ya ves
cuán veloz el tiempo pasa:
tres meses ha que en mi casa
vives, al lado de Inés.
Las circunstancias son tales
que no hay esperanza alguna
de mejorar tu fortuna:
los tiempos están fatales.
Sin padres, sin patrimonio,
sola en el mundo, ¿no fuera
ventura que te pidiera
algun hombre en matrimonio?
TEODORA. Yo! señor...
DIEGO. Cuando esto digo,

no pienses que mi afan pasa
á quitarte de mi casa
el pan: el cielo es testigo.

TEODORA. (Ay!)

DIEGO. Ni yo fuera, qué error!
capaz de alterar tu estado,
á no hallar un hombre honrado
que solicite tu amor.

TEODORA. Ojalá le halleis así,
señor, porque es ya ese pan
que en vuestra casa me dan,
harto amargo para mí.

DIEGO. Qué fantasías te labras?
quién te dice que aquí sobras?

TEODORA. Cuando lo dicen las obras
no son menester palabras.

DIEGO. Qué locura! pues si das
en semejantes extremos...

TEODORA. Necios, no es verdad?

DIEGO. No hablemos
de este negocio más.

TEODORA. Pues qué! cuando esa ventura
mi ambicion no satisfaga,
¿no sabré yo quién se paga
de esta mi humilde hermosura?

DIEGO. Es hombre, si no galan,
poderoso y caballero.

TEODORA. El nombre saber espero.

DIEGO. Aremberg.

TEODORA. El aleman? (Con desprecio.)

DIEGO. Ahora me pidió tu mano.

TEODORA. Sin mirar en mi pobreza!

DIEGO. Tanto puede tu belleza.

TEODORA. Venís hoy muy cortesano.
Me vais á hacer presumir
que teneis grande interés...

DIEGO. En tu ventura? así es.

TEODORA. Mucho: eso quise decir.

DIEGO. Él te quiere...

TEODORA. No lo dudo.

DIEGO. Pero si tú le aborreces...
No te ha hablado?

TEODORA. Algunas veces.
DIEGO. Oiga!
TEODORA. No peca de mudo;
pero es sobre terco, necio,
y con ese buen señor,
inútil es el rigor;
ineficaz el desprecio.
Pobre Aremberg!
DIEGO. La acritud
con que le tratas, no apruebo.
TEODORA. Aun yo ignoro, qué le debo
de afecto ó de gratitud.
DIEGO. Con nosotros le verás
defender nuestro pendon.
TEODORA. Esa será una razon
para despreciarle más.
DIEGO. Qué dices?
TEODORA. Quién vende así
la fé que debe á su rey;
quién mancha su honor, ¿qué ley
me puede guardar á mí?
DIEGO. Tú destruyes mi esperanza.
TEODORA. Por qué razon? yo no creo...
DIEGO. Dí ¿no sientes el deseo
natural de la venganza?
Basta á tu madre, que llores
sin tregua su injusta muerte,
sin que en tu pecho despierte
el odio á sus matadores?
TEODORA. Oh! es cierto! y al negro afan
de esos proyectos airados,
eternamente ligados
todos mis instintos van.
Afan que de mi alma dueño
mis pensamientos irrita,
y hasta alcanzarlo, me quita
la tranquilidad y el sueño.
DIEGO. Pues bien: si el alférez hoy
nuestros intentos ayuda,
qué esperas?
TEODORA. Tengo una duda,
y á revelárosla voy.

DIEGO. Te obstinas en no creer?...
TEODORA. Bien pueden los castellanos
haber manchado sus manos
en sangre de una mujer;
mas, ¿quién dice que no miente
la fama? ¿quién asegura
que no es alguna impostura
del populacho insolente?
DIEGO. Nuestros enemigos son,
y en brava y sañuda guerra,
cubriendo están nuestra tierra
de luto y desolacion.
Ejemplos hay...
TEODORA. No lo niego,
ni tanto rencor me extraña;
pero á veces nos engaña
del odio el instinto ciego.
DIEGO. Mucho en su favor estás
prevenida.
TEODORA. Ingrata fuera
si á esa gente aborreciera.
DIEGO. Qué! nunca te olvidarás?...
TEODORA. Si aun luce para mí el sol,
si respiro todavía,
lo debo á la bizarría
de un capitan español.
DIEGO. Sí: ya me has dicho... (Con impaciencia.)
TEODORA. Por él
la soldadesca atrevida
mi honor respetó y mi vida
en aquel trance cruel.
DIEGO. Comprendo muy bien, Teodora,
y que me duele confieso;
mas no riñamos por eso.
El aleman viene ahora
á exigir contestacion
TEODORA. Jesús!
DIEGO. Es fogoso el hombre,
y yo quisiera en tu nombre
entretener su pasion.
TEODORA. Cómo!
DIEGO. Teodora, es preciso.

TEODORA. Y mañana, qué dirá?...
DIEGO. Entónces, mio será
y no tuyo, el compromiso.
TEODORA. Yo no me mezclo. .
DIEGO. Así es.
TEODORA. Mirad. (Mirando adentro.)
DIEGO. Viene ya?
TEODORA. Y os dejo;
pero ántes os aconsejo...
DIEGO. Ahora no es tiempo: despues.
(La empuja suavemente hasta hacerla salir por la izquierda. Aremberg sale por el lado opuesto.)

ESCENA V.

D. DIEGO, AREMBERG.

AREMB. No es vuestra pupila?
DIEGO. Sí.
AREMB. Huye de verme, Teodora,
ó tal vez?...
DIEGO. Es el rubor
natural.
AREMB. Y eso, qué estorba?...
DIEGO. La edad, el sexo, y tambien
la educacion, ocasionan
esos melindres.
AREMB. Pero ella,
me desahucia ó se conforma?
DIEGO. Antes, preciso es que hablemos
de otro asunto. (Se sientan.)
AREMB. Es que me ahoga
la impaciencia...
DIEGO. Mi pupila
es huérfana.
AREMB. Eso se ahorra
el que fuere su marido,
para no temer discordias.
DIEGO. Su padre, que en mejor vida
la paz de los justos goza,
fué en su tiempo negociante.

y no con ventura corta.
Fletó buques á las Indias,
tuvo almacenes en Goa;
pero el mar tragó su hacienda
derrotándole una flota:
y por colmo de desdichas,
ya de Argel sobre la costa,
le aprisionaron piratas
y pereció en su mazmorra.
Con esto, ya os lo podeis
figurar: quedó Teodora
pobre...

AREMB. Ya os dige, don Diego,
que no es eso lo que importa.

DIEGO. Pero es mi deber hablaros
con franqueza. Al verla sola
con una madre anciana
y en edad tan peligrosa,
la traje á mi casa, donde,
si no está como en la propia,
vive á lo menos guardada
como conviene á su honra.
Mas tarde, como sabeis,
sobrevino la espantosa
catástrofe, en que perdió
la anciana madre que aun llora.

AREMB. ¿Y saberse no ha podido
jamás?...

DIEGO. Las noticias todas
convienen, en que fué hazaña
de las huestes españolas.

AREMB. Y en fin, Teodora...

DIEGO. Consiente,
ya que no en ser vuestra esposa
desde luego, en que espereis.

AREMB. Si tanto mi dicha logra...

DIEGO. Y ya hubiera respondido
más apacible, si en otra
ocasion...

AREMB. Decis muy bien,
lutos entristecen bodas.

DIEGO. Quiere, ademas, estudiar

vuestro genio, y por las obras
juzgar, si es tal vuestro amor
que pueda hacerla dichosa.
Hubo el rubor encendido,
y el, «mirarlo mucho importa,»
y en fin, la eterna cartilla
que ellas saben de memoria.

AREMB. De suerte, que esa esperanza
no la juzgais tan remota
que...

DIEGO. No por cierto.

AREMB. Y pensais
que me quiere?

DIEGO. Que os adora;
mas no vayais á decirla...

AREMB. Por qué?

DIEGO. Ni la hableis á solas
sino quereis enojarla.
La pobrecilla es tan corta!...

AREMB. Pues no me la figuraba
así.

DIEGO. La apariencia es otra;
mas tiene el alma de un niño,
y el candor de una paloma.

AREMB. Feliz yo si la consigo.

DIEGO. Pues contad con la victoria,
y pasemos al negocio
aquel. Cómo van las cosas?

AREMB. Bien; ya me he dado á entender
con todos, y á poca costa
conseguiremos hacerlos
nuestros.

DIEGO. Eso es lo que importa.

AREMB. Cuando llegue la ocasion,
haced vos que el oro corra,
que no faltará un soldado
de cuantos van en mi tropa. (Se levantan.)

DIEGO. Solo falta que Pereira...

AREMB. Ya tarda!

DIEGO. Sí; y cada hora
que trascurre, es un martirio
que alimenta mi zozobra.

Y quién sabe? acaso el rey
mi proposicion desciga,

AREMB. Qué! ¿juzgará por ventura,
que á sostener su corona
bastan los débiles muros
de Santarem y Lisboa?
¿Piensa resistir acaso
con sus escuadras bisoñas
del irritado Felipe
á las huestes vencedoras?

DIEGO. Y qué extrañais? pocas veces
penetrar la verdad logra,
donde hacen guarda á los reyes
la mentira y la lisonja.
Hoy que proclamando guerra
con el clamor de sus trompas,
sobre nosotros, España
sus braves tecios arroja,
tal vez en torpe letargo
al destino se abandona,
y ay de él! ¡ay de Portugal
si una vez la frente dobla!

AREMB. Esperad: si no me engaño,
pienso ver... (Asomándose al balcon.)

DIEGO. Qué? (Dirigiéndose al balcon.)

AREMB. Se me antoja
que ese hombre...

DIEGO. Viene á caballo!

AREMB. Y la direccion que toma...

DIEGO. Sí; no hay duda: es él.

AREMB. Pereira!

DIEGO. Dios mis esperanza colma.

AREMB. Ya sube.

DIEGO. Entrad, que no os halle.

AREMB. Don Diego! (Con extrañeza.)

DIEGO. Pereira ignora
que sois nuestro, y que no os vea
hasta que le avise, importa.

AREMB. Os obedezco. (Váse por la izquierda.)

ESCENA VI.

D. DIEGO, PEREIRA. Este, en traje de camino y cubierto de polvo.

DIEGO. Pereíra!
PEREIRA. Á Dios gracias.
DIEGO. (Bajando la voz.) No nos oigan.
Muerto te juzgaba.
PEREIRA. Muerto.
No era tan difícil cosa,
que aun yo dudo si estoy vivo.
DIEGO. Qué! has hallado?...
PEREIRA. Santa Mónica!
cada paso es un peligro
por esa tierra fragosa.
DIEGO. Pero al fin...
PEREIRA. Al fin logré
ver al monarca en persona.
DIEGO. Le has hablado! y qué te dijo?
PEREIRA. (Dándole un papel.)
Por mí este pliego os responda
DIEGO. Lo estoy viendo y aun lo dudo.
(Lee.) «Á don Diego de Tabora.»
Veamos. (Abriendo el pliego.)
PEREIRA. Sin duda os pide
auxilios.
DIEGO. Toda mi gloria
se cifra en verter mi sangre ..
Y dí, ¿cómo van las cosas
de la guerra?
PEREIRA. El duque de Alba
no encuentra quien se le oponga.
Uno tras otro, los pueblos
sin esperanza abandonan
nuestra causa, y la bandera
de don Felipe, tremolan.
DIEGO. Pero Lisboa aun resiste.
PEREIRA. No, don Diego! al verse sola
en la lucha, abrió sus puertas
á las huestes vencedoras
DIEGO. Y el rey?

PEREIRA. Quedaba en Coimbra
con fuerzas tan numerosas,
que aun pueden dar esperanzas
de disputar la victoria.
DIEGO. Y la Francia?
PEREIRA. No se olvida
de sus sangrientas derrotas,
y teme el poder de España.
DIEGO. Es posible! (Abatido) Mas qué importa?
Roma con valor defiende
nuestros derechos.
PEREIRA. Sí: Roma,
con breves y escomuniones
nuestra decision apoya.
DIEGO. Pues bien: así, si vencemos,
será mayor nuestra gloria.
PEREIRA. Seguro.
DIEGO. Veamos si el rey
aprueba... (Lee para sí.) Bien: esto sobra
para que hoy el Alentejo
ansioso á las armas corra.
PEREIRA. Veremos!
DIEGO. Aquí no hay uno
que para la lid dudosa
su corazon y su espada
en la balanza no ponga.
PEREIRA. Todos?
DIEGO. Y hoy mismo empezamos
nuestra carrera gloriosa.
PEREIRA. ¿Y los soldados tudescos
que en nuestra villa se alojan?
Considerad...
DIEGO. Aremberg
que manda la fuerza toda,
ayudará nuestro intento.
PEREIRA. Cosas decís que me asombran.
¿Y no fuera muy posible
que nos vendiese?
DIEGO. ¿Y tan loca
juzgas tú mi confianza
que en él sin razon la ponga?
PEREIRA. Mas ..

DIEGO. Vió á Teodora el tudesco;
la habló, parecióle hermosa...
PEREIRA. Entiendo: y ella...
DIEGO. No hay medio
de que á su amor corresponda.
PEREIRA. Quiere decir, que el alférez,
con la esperanza remota
de obligarla ..
DIEGO. Nos ayuda.
Pero hablemos de otra cosa.
Pasaste por Estremoz?
PEREIRA. Pasé: ya nadie os estorba
la posesion de esos bienes.
DIEGO. Que en fin, la causa se ignora...
PEREIRA. Todos á una voz acusan
de aquel desastre á las tropas
de Castilla.
DIEGO. ¡Quiera Dios
que el velo no se descorra!
PEREIRA. Remordimientos?...
DIEGO. Pereira!
esas horribles memorias
me atormentan, y del sueño
la tranquilidad me roban.
PEREIRA. Silencio!
DIEGO. (Acercándose á la puerta de la izquierda.)
Tienes razon.
Podeis salir.

ESCENA VII.

DICHOS y AREMBERG.

AREMB. Qué noticias?...
DIEGO. La suerte está echada.
AREMB. Bueno!
Y cuándo?...
DIEGO. Esta noche misma.
AREMB. Tan pronto?
DIEGO. En tales empresas,
alcanza más la osadía
que la prudencia, á las armas.

y fuego y arda Castilla.

AREMB. Por mí, estoy pronto.

DIEGO. Y si acaso
vuestros tudescos vacilan,
oro teneis en mis arcas.

AREMB. En eso el negocio estriba.

DIEGO. Pues bien, id, y no perdais
el tiempo: desde este dia
se van á ver frente á frente
los leones y las quinas.
¡Si Dios quisiese, Aremberg,
que de esta vejez ya fria
el hielo se derritiera
en el volcan de mis iras!

AREMB. Con tal valor, ya nos dais
ejemplo.

DIEGO. ¿Y quién no se anima
á dar por tan noble causa
su sangre? Vamos, daos prisa
y prevenid á los vuestros.

AREMB. No faltarán. (Vase por la derecha.)

ESCENA VIII.

D. DIEGO, PEREIRA, luego BEATRIZ.

DIEGO. Si hoy esquiva
no me abandona la suerte,
¡cuánto, cuánto, ambicion mia,
vas á remontar tu vuelo
hácia ese sol que codicias!
Si el rey me debe su trono,
si arrebato su conquista
al español...

PEREIRA. Álguien viene,
señor.

DIEGO. Quién es?

PEREIRA. Beatricilla.

BEATRIZ. (Sale corriendo por la derecha.)
Señora, señora!

DIEGO. ¿Qué
es eso?

BEATRIZ. Yo... si...
DIEGO. Á quién gritas?
BEATRIZ. Es que...
DIEGO. Contesta.
BEATRIZ. En el pueblo
está entrando infantería
española.
PEREIRA. Y es verdad. (Asomado al balcon.)
DIEGO. (Qué casualidad maldita!)
(Asomándose al balcon y aparte con Pereira.)
PEREIRA. (En efecto.)
DIEGO. El capitan
dirige hácia acá la vista.
BEATRIZ. (Toma! como que estará
á la reja...)
DIEGO. (Hay tal desdicha?)
PEREIRA. Tal vez pensará alojarse
acá.
BEATRIZ. (Vaya! y que estaría
mejor que en otras cuidado.)
DIEGO. Quién entra aquí?

ESCENA IX.

DICHOS y GIRON.

BEATRIZ. (Dios me asista!
es Giron.)
DIEGO. Hola! qué es esto?
GIRON. Dios guarde á vueseñoría.
DIEGO. Qué traeis?
GIRON. Bien poca cosa.
El señor don Juan de Silva,
capitan de mosqueteros,
llega con su compañía,
y ha elegido vuestra casa
para su morada.
DIEGO. Indigna
es de tal honra.
GIRON. (Ni así
escusarás la visita.)
DIEGO. Mas decidle que mi casa..

GIRON. Mejor es que se lo diga
vuesarcé, puesto que él viene.
DIEGO. (Paciencia, pese á mis iras!)

ESCENA X.

DICHOS y D. JUAN, luego TEODORA.

JUAN. El cielo os guarde.
DIEGO. Yo os doy,
capitan, la bien venida.
Tomad asiento.
JUAN. En verdad
que es lo que mas necesita
mi cuerpo.
DIEGO. ¿Ha sido penosa
la jornada?
JUAN. Cuesta arriba.
TEODORA. (¡Dios quiera, Beatriz, que pueda
disimular mi alegría!)
(Sale por la izquierda con Beatriz.)
BEATRIZ. (Y él?)
JUAN. (No me engañé.) Señora... (Se levanta.
TEODORA. Capitan?... (Inclinándose.)
JUAN. (Á D. Diego.) Es vuestra hija?
DIEGO. No.
JUAN. (Mirando á Teodora.) Portentosa belleza!
Perdonad. (Á D. Diego.)
DIEGO. Es mi pupila.
GIRON. (Nos han conocido.) (Ap. á D. Juan.)
JUAN. (Cierto!)
DIEGO. Por si el descanso os alivia,
voy á mandar que os preparen
cuarto fresco y cama limpia,
que es, despues de una jornada,
cosa siempre apetecida.
JUAN. Decis muy bien: ¿habeis sido
soldado?
DIEGO. En mejores dias
tambien serví; mas la edad
postró mi arrogancia altiva.
JUAN. No tal: aun estais robusto.

DIEGO. Quién sabe... (Con malicia.)
JUAN. No extrañaría...
DIEGO. Con vuestro permiso: voy
á ordenar que al punto os sirvan.
Corre, Pereira! al tudesco (Ap. á Pereira.)
de esta novedad avisa. (Vánse los dos.)
JUAN. Teodora!
TEODORA. Don Juan!
GIRON. (Ap. á Beatriz.) (Jurara
que estorbamos, Beatricilla.)
JUAN. Giron?
GIRON. (No dije!) (Váse.)
TEODORA. Beatriz!
si alguno viniere, avisa.
(Beatriz se dirige á una de las puertas de la izquierda.)

ESCENA XI.

TEODORA, D. JUAN.

TEODORA. Posible es que al fin os veo?
JUAN. ¿Posible es que se ha cumplido
mi más ardiente deseo?
Aún os miro y no lo creo.
TEODORA. Tanto vuestro anhelo ha sido?
JUAN. Podeis dudarlo? ¿pues qué,
hay ya para mí otra gloria
desde que veros logré,
que adorar vuestra memoria
y consagraros mi fé?
Desde entónces, siempre ansioso
voy de vuestro amor en pos:
desde ese instante dichoso,
no hay ya para mí sin vos
ni ventura ni reposo.
Mas por bien sufridos doy
mis tormentos y mi afan,
pues que á vuestro lado estoy.
Os reís?
TEODORA. Vaya! no soy
tan crédula, capitan.
JUAN. Lo dudais! por vida mia

que no alcanzo la razon.

TEODORA. Perdone vueseñoría;
mas ¿cómo nació en un dia
toda esa horrible pasion?

JUAN. Quien una vez llega á ver
la luz de esos ojos claros,
mal resiste á su poder.
Aun tanto no es menester,
mi señora, para amaros.

TEODORA. No os olvidásteis de mí?

JUAN. Vuestra imágen, que es mi gloria,
nunca se apartó de aquí.
Y vos?

TEODORA. Jamás conseguí
lanzaros de mi memoria.

JUAN. Era tal vuestro deseo?

TEODORA. Sí, capitan, porque fuera
insensato devaneo,
que mi corazon os diera
cuando vuestro amor no creo.
En vano vuestra ternura
cortesano exagerais
ponderando mi hermosura,
que no es tanta mi locura
como vos lo imaginais.

JUAN. Si persistís tan severa
en esa incredulidad,
en vano mi fé os venera.

TEODORA. Amor que ya desespera,
poco tiene de verdad.

JUAN. ¿Y pensais qne lograré
convenceros?

TEODORA. Es posible.

JUAN. Y me amareis?

TEODORA. No lo sé,
que no soy tan insensible...
Todo lo vence la fé.

JUAN. Si eso á obligaros alcanza,
toda mi existencia os doy
en cambio de una esperanza.

TEODORA. Poneis mucho en la balanza,
y agradecida os estoy.

JUAN. Luego pagais mi aficion,
y solo por un capricho
dilatais la confesion.

TEODORA. Cómo, don Juan! yo eso he dicho?

JUAN. Debe entenderse...

TEODORA. Ilusion!

JUAN. Me habré engañado?

TEODORA. Tal vez!
Aceptar vuestra ternura
tan presto... Sed vos el juez.

JUAN. Fuera falta de cordura?

TEODORA. Ó sobra de candidez.

JUAN. ¿Habeis tenido ocasion
para dudar?

TEODORA. No os asombre.
Teneis muy mala opinion.

JUAN. Oiga! y la causa?...

TEODORA. Sois hombre...

JUAN. Poderosa es la razon.
Y esa sola?...

TEODORA. Hay muchas más!

JUAN. Haced porque sean mejores.
Hay otros cargos?...

TEODORA. Quizás.
¿No habeis tenido jamás
por el mundo otros amores?

JUAN. (Qué sencillez.) No os lo niego.

TEODORA. Como cuántos?

JUAN. No os diré...

TEODORA. Repasad la cuenta, os ruego.

JUAN. Eso no es posible.

TEODORA. Fuego!
Miren como anda la fe.

JUAN. Cosas del mundo, señora.

TEODORA. Y no pasion?

JUAN. No: capricho.

TEODORA. Y amor?

JUAN. Solo á vos, Teodora.

TEODORA. Y eso que decis ahora.
á cuántas se lo habeis dicho?

JUAN. Á nadie con fe tan pura
rendí mi amor.

TEODORA. No quisiera
calumniar vuestra ternura.
Esperemos...

JUAN. Quien espera,
da treguas á su ventura.

TEODORA. Es preciso.

JUAN. Y mi afliccion,
cuándo encontrará consuelos?

TEODORA. Cuando yo tenga ocasion
de probar vuestra pasion...
(y de averiguar mis celos.)
Mas ya es tiempo... (Hace que se va.)

JUAN. ¿Os podré ver
más tarde?

TEODORA. Sí.

JUAN. Cuándo?

TEODORA. Luego,
y adios, que nos pueden ver.

JUAN. Ántes, piadosa á mi ruego,
endulzad mi padecer.
(Queriendo cogerla una mano.)

TEODORA. Eh! capitan! (Fingiendo enojo.)

JUAN. Esa mano
de trasparente cristal... (Cogiéndosela.)

TEODORA. Soltad.

JUAN. Resistís en vano. (Se la besa.)

TEODORA. Cuidado no me hagais mal!

JUAN. Qué hermosa!

TEODORA. Qué cortesano!

ESCENA XII.

DICHOS y BEATRIZ.

BEATRIZ. Señora! (Saliendo de repente.)

TEODORA. Ay Jesús! Beatriz, ¡
me has asustado!

BEATRIZ. En verdad.
(¡Como estais tan distraida (Ap. á Teodora.)
con el dichoso galan!
Y si don Diego lo viera?)

TEODORA. (¡Oh ¡que es tan grande mi afan,

que no sé si en su presencia
lo podré disimular!)

BEATRIZ. Qué, ¿no os habeis olvidado
de nosotras, capitan?

JUAN. ¿Se olvida un hombre tan pronto
de su dicha?

BEATRIZ. Por acá
tambien de vuestras memorias
ha habido...

TEODORA. ¿No callarás,
Beatriz?

BEATRIZ. Y largos suspiros.

TEODORA. Ay Dios!

JUAN. Dejadla acabar,
que estoy oyéndola, y dudo
de tanta felicidad.

BEATRIZ. Incrédulo sois!

TEODORA. ¿No lo oyes,
Beatriz?

BEATRIZ. Mozo tan galan,
¿de semejantes venturas,
puede un momento dudar?

JUAN. Conque decias?.

BEATRIZ. Ya, nada,
sino que ha entrado la paz
en esta casa con vos.
Ya se empieza á despejar
aquel rostro ántes nublado.

TEODORA. Don Diego viene, callad.

ESCENA XIII.

DICHOS y D. DIEGO.

DIEGO. Señor capitan, mi huésped,
cuando querais descansar,
teneis preparado el lecho.

JUAN. Y mi criado?

DIEGO. Allá está.

JUAN. Puesto que me dais licencia...

DIEGO. Al punto os avisarán
que esté la mesa.

JUAN. Si acaso
incomodo, perdonad;
pero es tan aperreada
esta vida militar,
que es fuerza que nos busquemos
compensaciones... (Mirando á Teodora.)

DIEGO. Andad.
Ya os dije que fuí soldado,
y aquí disculpado estais.
(Mucho le cuesta el marcharse:
ó fatigado no está,
ó... yo observaré.)

JUAN. (No demos
al viejo que sospechar.)
Adios, señora.

DIEGO. Hasta luego.

JUAN. (Perdido voy.)

DIEGO. Descansad.

BEATRIZ. No es mala la que se enreda.
(D. Diego va acompañando á D. Juan hasta la puerta de la izquierda. En el momento mismo aparece Inés en la puerta que da salida á la calle, y al conocer á D. Juan, se dirige á Teodora manifestando la mayor alegría.)

INES. Teodora! mi capitan!

TEODORA. Querida Inés: el *mi* sobra.

INES. (Mirándola con sorpresa y desconfianza.)
No entiendo.

TEODORA. (Con malicia, y dirigiéndose á la puerta de la derecha.)
Ya entenderás.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Sala inmediata á la habitacion del capitan. Una puerta á cada lado y otra al fondo. Sobre una mesa habrá una maleta, y esparcidos por las sillas el sombrero, coleto y espada de D. Juan. Al levantarse el telon estará Beatriz en la escena con algunos objetos de labor en la mano, y Giron en la puerta del fondo en actitud de cerrarle el paso.

ESCENA PRIMERA.

BEATRIZ, GIRON.

BEATRIZ. Giron? (Enojada.)
GIRON. Beatriz?
BEATRIZ. Deje el paso,
ó por Dios que daré voces.
Se aparta?
GIRON. No te me vas
si primero no respondes.
BEATRIZ. Ya os he dicho que veremos.
GIRON. Veremos! (Descontento.)
BEATRIZ. Este es el órden
natural: una doncella
recatada y de mi porte
no debe...

GIRON. Mira, Beatriz!
me matan las reflexiones.
Nosotros, los que vivimos
subordinados al toque
de la caja y del clarin,
queremos al paso doble!
BEATRIZ. Señor Giron, ya le entiendo!
GIRON. Y en estos tiempos que corren,
Beatriz, no hay ni puede haber
seguridad para un pobre,
Y es condicion de la guerra...
BEATRIZ. Yo soy neutral.
GIRON. No hay emboque.
¡Neutral, y á flecharme vienes
los rayos de esos dos soles,
que por todas partes van
taladrando corazones!
BEATRIZ. Trapacero! (Sonriéndose.)
GIRON. (Ya se ablanda.)
Ven aquí! no te me enojes.
(Acercándose á ella poco á poco.)
BEATRIZ. Yo no soy ninguna arpía,
ni tengo el pecho de bronce.
GIRON. Es claro!
BEATRIZ. Y siempre que sea
con sano fin...
GIRON. Se supone!
BEATRIZ. Y que no se me desmande...
GIRON. Me agravian esos temores!
Junto á las damas soy yo
más comedido que un monge. (La abraza.)
BEATRIZ. Ya lo veo! hágase allá (Rechazándole.)
y cante, pero no toque
GIRON. Convenido: ¡si á la fuerza
no hallarás otro más dócil!
BEATRIZ. Quiéreme bien?
GIRON. Con el alma.
BEATRIZ. Será constante?
GIRON. Soy hombre.
BEATRIZ. Y ese amor es sólo á mí?
GIRON. Á tí sola... (y á otras doce.)
BEATRIZ. En ese caso, aceptada

está la paz.

GIRON. Puedo entónces...

BEATRIZ. Venga acabada la guerra;
y con tal que vuelva incólume,
digo, que no le cercenen
de algun reves ó mandoble,
proveeré.

GIRON. ¿No saldrá el sol
de esa belleza esta noche?

BEATRIZ. Si quiere verle, la casa
tiene rejas y balcones.

GIRON. No faltaré.

BEATRIZ. El capitan?...

GIRON. Dormido está como un roble.

BEATRIZ. No olvide lo que le he dicho.

GIRON. Lo de la reja? (Se va acercando á ella.)

BEATRIZ. No, torpe!
Que quiere ver á don Juan
mi señora: que en su nombre
vine aquí.

GIRON. Pues! y es muy justo
que lleves pagado el porte.
(Va á abrazarla y en este momento aparece doña Inés en la puerta del fondo.)

ESCENA II.

DOÑA INÉS, BEATRIZ, GIRON.

BEATRIZ. Chiton! (Viendo á doña Inés.)

GIRON. (Doña Inés!)

INES. (Qué veo!)

GIRON. (Bueno!)

INES. Beatriz, ¿qué desórden
es este?

BEATRIZ. Nada! venía
á recoger mis labores,
como el huésped se ha alojado
en estas habitaciones...

INES. Teodora te necesita.

BEATRIZ. Y como son estos hombres
tan desalmados...

(Mirando á Giron con ojos amenazadores.)

INES. Bien, vete.
(Si él me indicara algun norte
para aclarar mis sospechas...)
Despeja, Beatriz, no me oyes?
(Váse Beatriz por la puerta del fondo.)

ESCENA III.

DOÑA INÉS.—GIRON,

GIRON. (Esto se enreda)
INES. Giron;
qué es eso? no me conoces?
GIRON. Ah sí... vaya!... pero quién?...
—Pues ahora caigo! qué zote!
INES. Y don Juan, cómo ha llegado?
GIRON. Cansadillo: desde anoche
hemos venido rompiendo
por entre breñas y montes.
INES. Reposa! bien; pero dime...
—Á tí nada te se esconde,
y ya sabrás...
GIRON. En efecto!...
Pché! no digo yo que ignore...
INES. Puesto que á su lado vives
y sus secretos conoces,
sabrás si aun guarda memoria,
de aquel tiempo...
GIRON. Está en el órden.
INES. Y aquella fidelidad
que tantas veces juróme.
GIRON. Es posible: en ese punto,
no tiene igual en el orbe,
y en cuanto á memoria, vaya!
no! no olvida á dos tirones...
INES. Y constancia, dí?
GIRON. Constancia?
puede: segun y conforme.
Entre soldados no es esa
lo moneda que mas corre.
INES. Es decir, que me ha olvidado!

GIRON. No señora! no es un óbice...
Es la regla; mas las reglas
suelen tener escepciones.
Y el que tenga tal ventura
que acá por la tierra logre
encontrar un ángel...
INES. Eh?
GIRON. No os llama por otro nombre.
INES. Bien dije yo: no podia
caber en alma tan noble
una traicion.
GIRON. Es verdad.
(Viendo á Teodora en la puerta del fondo.)
(Giron... Esto se compone.
No estoy bien aquí.)
INES. (Qué es eso?)
(Notando el desasosiego de Giron.)
GIRON. Con vuestra licencia, voime
á mis quehaceres. (Zafemos
el bulto, por lo que importe.)
(Se va por la puerta de la izquierda.)

ESCENA VI.

TEODORA, INÉS.

INES. Aquí estabas?
TEODORA. Ya lo ves.
INES. (Por eso!... comprendo ahora.)
(Mirando á la puerta por donde se fué Giron.)
Qué te trae aquí, Teodora?
TEODORA. Cómo aqui viniste, Inés?
INES. Qué quieres? amor obliga
á tanto: le lloré ausente,
y pues tu pecho ya siente
de esta pasion la fatiga,
tú disculparme sabrás.
TEODORA. Mucho le quieres!
INES. Le adoro.
TEODORA. Y así arriesgas tu decoro!..
INES. Yo...
TEODORA. No hagas esto jamás.

INES. Como el capitan dormía,
saber quise por Giron
si es de don Juan la aficion
durable como la mia.
TEODORA. Y qué dice?
INES. Siempre fiel
á mi afecto corresponde.
TEODORA. De qué lo sabe?
INES. Responde
con seguridad por él.
TEODORA. No pueden mentir los dos?
INES. Estás incrédula! (Con disgusto.)
TEODORA. Oh! sí!
INES. Él no piensa sino en mí.
TEODORA. (Mala pascua le dé Dios!)
Cuenta Inés, que no le llores
ingrato, si infiel se muda.
INES. Valgo yo poco sin duda, (Picada)
para tan altos amores.
¿No es esto lo que me quieres
decir?
TEODORA. No: de eso no trato.
INES Por qué has de juzgarle ingrato?
TEODORA. (Pobre Inés! qué imbécil eres!)
INES. Como envidias mi ventura,
eso dices, y es perfidia...
TEODORA. Para despertar mi envidia,
bastaba ya tu hermosura.
INES. Irónica estás.
TEDORA. Por qué?
INES. Aunque te pese, Teodora,
yo sé que don Juan me adora.
TEODORA. Y yo... lo contrario sé.
INES. Los hidalgos de Castilla,
faltan así. . fuera bueno!
TEDORA El mundo todo está lleno
de esa pícara semilla.
INES. No merecen nuestro amor
si eso es cierto.
TEODORA. Y qué logramos?
Preciso es que los queramos
como los hizo el Criador.

INES. Preciso? ¡qué fácil eres,
Teodora! nada te apura.
TEODORA. Pues dí, ¿somos por ventura,
mas perfecta las mujeres?
INES. Á nosotras nos obliga
la fe de nuestros amores:
somos, sin duda, mejores.
TEODORA. Inés... no sé qué te diga,
INES. Discursos haces muy bellos!
si te oyesen...
TEODORA. Eso no!
Esto no lo diré yo
en donde me escuchen ellos:
INES. Pero dí... calma mi afan!
Tú sabes que me ha olvidado?
TEODORA. Cuentas, Inés, demasiado
con la fe del capitan.
INES. Pues otro amor le desvela?
Cómo lo sabes?
TEODORA. Advierte
que puedo, hablando, ofenderte.
INES. Es ironía?
TEODORA. Es... cautela.
INES. Á quién se atreve á mirar?
TEODORA. Á mí.
INES. Á tí? presuntüosa!
TEODORA. Me tiene por mas hermosa;
puédolo yo remediar?
INES. Mas hermosa!
TEODORA. No te asombres.
INES. Pues compararteme quieres!
TEODORA Tambien, como las mujeres,
tienen caprichos los hombres.
INES. Fuera traicion!
TEODORA. Lo confieso.
INES. Fuera... necedad!
TEODORA. Es justo;
pero en fin, tal es su gusto:
le hemos de matar por eso?
INES. ¿Y por qué presumes, dí,
que tu cariño prefiere?
qué te ha dicho; que te quiere?

tambien me lo ha dicho á mí.

TEODORA. En efecto, no hay razon (Pensativa.)
para fiar...

INES. No te asombres;
así son todos los hombres.

TEODORA. Bien dices: muy malos son!

INES. Esa conducta es extraña.

TEODORA. Y á ambas su perfidia oculta.

INES. Resulta de esto...

TEODORA. Resulta
que á una de las dos engaña.

INES. Y á una y otra, por qué no?

TEODORA. Eso ya... creerlo no puedo.

INES. Pues yo, Teodora, no cedo.

TEODORA. Bien haces: tampoco yo.

INES. Le hablaré.

TEODORA. Sí? yo tambien.

INES. Pero sin ira.

TEODORA. Con calma.

INES. Y á quien se lleve la palma...

TEODORA. Dios se la bendiga.

INES. Amen!
Aunque á decirte verdad,
no es ya amor lo que me lleva
á intentar de él esta prueba.

TEODORA. Es capricho?

INES. Es vanidad.

TEODORA. Yo á sacrificio tan duro
nunca mi orgullo expondría.

INES. No lo merece, á fe mia!

TEODORA. Es un ingrato!

INES. Un perjuro!

TEODORA. Te engañaba el fementido!

INES. Y á tí.

TEODORA. Creyéndolo voy.

INES. Pues bien! venguémonos

TEODORA. Soy
de tu opinion.

INES. Convenido.

TEODORA. Tú verás con qué donaire
le digo...

INES. Por tu interés.

lo hago no mas.

TEODORA. Pues yo, Inés,
lo que siento, es tu desaire.

INES. Si ahora acertara á llegar,
vieras tú...

TEODORA. Si ahora despierta...

INES. Chiton!

TEODORA. ¿Qué?

INES. Mira!

TEODORA. La puerta!

(En este momento se abre la puerta de la izquierda, y las dos mujeres huyen precipitadamente por la del fondo.)

GIRON (Asomándose.) Se alborotó el palomar.

ESCENA V.

D. JUAN y GIRON.

JUAN. Estaban las dos aquí?

GIRON. Sin duda; y segun las trazas,
deben de haberse entendido.

JUAN. Fatalidad fué bien rara.

GIRON. Y qué vais á hacer?

JUAN. No hay medio
de quedar bien con entrambas.

GIRON. Pues digo!... (Mirándole admirado.)

JUAN. Será preciso
desenredar la maraña.

GIRON. De modo, que si pudiéseis
arreglaros...

JUAN. Cosa es clara
que á ninguna dejaría
quejosa ni desairada.

GIRON. (Ah buen hijo!)

JUAN. Pero ya
que partir no puedo el alma,
doña Inés perdonará
si mi franqueza la agravia.

GIRON. Ya! conque estais decidido.

JUAN. Pues en eso, qué dudabas?

GIRON. Hay gustos, y doña Inés,
á mas de hermosa y bizarra,

es muy rica.

JUAN. Ni aun con eso
inclinará la balanza.
—¿Y no te dijo Beatriz
hora y sitio?...

GIRON. De eso, nada;
más sí que me advertiría
cuando una ocasion lograran.

JUAN. Me avisarás.

(Giron ayuda á D. Juan, que se acabará de vestir durante el diálogo.)

GIRON. Fué ventura
haber venido á la casa...

JUAN. La ví en la reja, y por Dios
que ya en mi vida esperaba
volverla á hallar.

GIRON. En efecto,
fué casualidad.—La espada.

JUAN. Dime; ¿tú has visto jamás
tanta hermosura y tal gracia
en otra alguna?

GIRON. Eso mismo,
lo habeis ya dicho de tantas!

JUAN. Pero ninguna mujer
prenderme ha podido el alma
como Teodora.

GIRON Eso dura
hasta poneros en marcha.

JUAN. Quién sabe, más me parece
imposible.

GIRON. Ya son mañas
viejas; mas teneis disculpa:
que estas pícaras taimadas
de Portugal, son bonitas;
y lo que es mejor, son blandas.
¿En dónde no habeis dejado
amores?

JUAN. Giron, te engañas.

GIRON. Tal vez.

JUAN. Tú, necio, equivocas
la urbanidad cortesana
con el amor. El que nace

caballero, siempre gasta
rendimientos y lisonjas
en obsequio de las damas.
Pero el amor verdadero
que en el corazon se arraiga,
tales huellas deja siempre,
que no es ya fácil borrarlas.

GIRON. Es decir, que va de veras.

JUAN. Puede, si Teodora me ama.

GIRON. Pues qué! nada ha contestado?

JUAN. Explícitamente, nada.

GIRON. Lo de todas!

JUAN. Qué querías?

GIRON. Qué quiero? las cosas claras.
Pues cierto que sobra el tiempo!
—Bien haya una moza llana
sin alquilados hechizos
ni palabras estudiadas,
que para decir *te quiero*,
no gaste toda esa cáfila
de conceptos tenebrosos
y de equívocas palabras,
que hacen á un hombre sudar
para encontrar en sustancia
un «veremos! Yo no sé!
mi honor... no prometo nada!»
Voto al chápiro! me apestan
esas melindrosas damas
que á cualquier aire responden
con repulgos de empanada.

JUAN. Hombre bajo al fin!

GIRON. Señor!
cada uno tiene su alma,
y no penseis que es la mia
de nieve, ni que lo valga.

JUAN. Y has visto al viejo?

GIRON. Qué viejo?

JUAN. El tutor.

GIRON. Sí, por ahí anda
tras la sombra de las chicas.

JUAN. Oiga! las cela?

GIRON. Caramba!

ó no fuera portugués.
JUAN. Él es hombre de arrogancia.
GIRON. Finchado.
JUAN. Y aún me presumo...
GIRON. Si es alguna cosa mala,
acertais.
JUAN. Pues qué?
GIRON. No sé
qué encuentro en aquella cara...
DIEGO. (Dentro.) Capitan?
GIRON. Hele que viene
el moro por la calzada.
JUAN. Entrad. (Dirigiéndose á la puerta del fondo.)
GIRON. Vuelvo á mis quehaceres.
(Giron se pone á arreglar la ropa del capitan, que irá guardando en la maleta.)
DIEGO. (Saliendo.) Si permitís...
JUAN. Honra tanta!

ESCENA VI.

D. JUAN, D. DIEGO y GIRON.

DIEGO. Qué tal, habeis descansado?
JUAN. Gracias á vos, ya...
DIEGO. De intento
os destiné este aposento:
aquí estareis retirado.
JUAN. Mucho os debo. (Se sientan.)
DIEGO. Obligacion,
señor capitan, es mia,
y más, si sólo este dia
gozo tal satisfaccion.
GIRON. (Qué apuestan á que nos echa?)
JUAN. No tal: tan pesada carga,
pienso que será más larga.
DIEGO. (Será vana mi sospecha?)
No marchais sobre Lisboa?
JUAN. No: mientras dure la guerra,
quedarán por esta tierra
los tercios de Figueroa.
DIEGO. Qué decís? Don Lope está

aquí?

JUAN. Tanto, que, á lo sumo,
de hoy á mañana presumo
que le tendreis por acá.

DIEGO. Sí? (Pues ni aun eso te salva.)
Y qué nuevas han llegado?

JUAN. Ya en Coimbra habrán entrado
los tercios del duque de Alba.

DIEGO. Ah!

GIRON. (No le gustó.)

DIEGO. (Disimulando.) El valor
del duque... (Engañarme intenta.)
Y decidme, qué se cuenta?...

JUAN. Del duque?

DIEGO. No; del prior.

JUAN. Suponen que encontró modo
abriendo en el duero paso
de escapar.

DIEGO. (En ese caso,
aun no se ha perdido todo.)
Y tal vez alzando gente...

JUAN. No tal, ó lo hiciera en vano.

DIEGO. Por qué?

JUAN. Al leon castellano,
quién resistirá imprudente?

DIEGO. (Mal mi impaciencia resisto!)
Mas si con vida escapó,
no puede suceder...

JUAN. No.
sucederá, vive Cristo! (Levantándose enojado.)

DIEGO. Por eso os enojais?

JUAN. Quién!
yo? no!... (Volviendo á sentarse.)

GIRON. (De cólera estalla.)

DIEGO. Se ha dado alguna batalla?

JUAN. Y á quién quereis que la den?

DIEGO. No hay ya ejército?

JUAN. Don Diego!
vos... decidlo sin temor!
sois aficionado al prior.
Sed franco.

DIEGO. Bien: no os lo niego.

Seguí por gusto y por ley
el militar ejercicio,
y aunque he dejado el servicio,
guardo cariño á mi rey.
Mas no vayais á creer...

JUAN. Por qué? la ocasion convida.
Qué importa perder la vida
cumpliendo con un deber?

DIEGO. Conceded que la violencia
irrita.

JUAN. Es cosa terrible;
pero cuando es imposible
ó inútil la resistencia...

DIEGO. Inútil?

JUAN. Quién nos contrasta?

DIEGO. Quién? la razon y el despecho
sostendrán nuestro derecho. (Exaltándose.)

JUAN. Ya es mucho; pero aun no basta. (Con calma.)
¿No veis prosternado al mundo,
con miedo inclinar la frente
bajo el cetro omnipotente
del rey Felipe segundo?

DIEGO. Ya sé que con fuerzas grandes
ese terrible monarca
á entreambos mundos abarca,
y á Italia oprime y á Flándes;
que donde quiera que asoma
su pendon, vence y aterra;
que es ya pavor de Inglaterra
y espanto de Francia y Roma:
lo sé; pero es el rencor
de nuestros pechos tan fuerte,
que preferimos la muerte
á tenerle por señor.

JUAN. Dejémoslo. (Levantándose impaciente.)

DIEGO. Si quereis,
la vuelta al pueblo daremos.

JUAN. Muy bien.

DIEGO. Despues comeremos.

JUAN. Será como vos gusteis.
Y á dónde?...

DIEGO. Á vuestro mandado

estoy.
JUAN. Observar podré
las guardias.
DIEGO. ¿Y para qué,
si todo está sosegado?
GIRON. (No está de más la malicia.)
JUAN. Qué quereis!...
DIEGO. (Ya el temor obra.)
JUAN. La actividad nunca sobra
en asuntos de milicia.

ESCENA VII.

DICHOS y AREMBERG.

AREMB. Permitís?
JUAN. Quién?
DIEGO. Adelante.
JUAN. Dios guarde al señor alférez.
AREMB. Perdonad si ántes no vine
á veros: juzgué prudente
respetar vuestro descanso;
pero téngame ahora y siempre
por su esclavo.
JUAN. Cumplimientos!
no, por mi vida!
AREMB. Corriente.
JUAN. ¡No sabeis, don Diego, cuánto
hoy tengo que agradecerle!
(Mirando á Aremberg.)
DIEGO. Pues cómo?
JUAN. Á su celo debo
que en vuestra casa me hospede.
DIEGO. Sí? (Mirando á Aremberg con extrañeza.)
AREMB. (De ese modo podreis (Ap. á D. Diego.)
observarle y sorprenderle.)
DIEGO. Es decir que... en ese caso,
yo soy no más quien le debe
gratitud, pues dió á mi pobre
morada tan noble huésped.
AREMB. Si no estoy mal informado,
háme dicho vuestra gente
que os llamais don Juan de Silva.

JUAN. Es cierto: mi nombre es ese.
AREMB. Estais sirviendo en los tercios
de don Lope?
JUAN. Conocéisme?
AREMB. No, capitan; pero un posta
que vino ayer desde Yelves
dejo cartas...
JUAN. ¿Y hay alguna
á mi nombre?
AREMB. Y son urgentes.
Remitíroslas debía
donde quiera que estuviesen
los tercios de Figueroa.
JUAN. Dónde están?
AREMB. Vedlas.
(D. Juan abre una de las cartas con manifiesta ansiedad.)
DIEGO. (Ap. á Aremberg.) (Conviene
averiguar á qué vino)
AREMB. (En efecto, me sorprende...)
JUAN. (Pobre madre!)—Perdonad...
DIEGO. Leed, leed.
JUAN. ¡De mi suerte
siempre cuidadosa!
DIEGO. (Ap. los dos.) (Importa
que le observemos)
AREMB. (Se entiende.)
JUAN. (Es singular! no conozco
esta letra! ¿de quién puede
ser?—Ah! pobre mujer!
con qué afecto me agradece!...
—Y escribe largo! más tarde...)
—Me esperan vuesas mercedes?
DIEGO. Á qué es la prisa? acabad.
JUAN. No urge tanto.
AREMB. Estais alegre!
DIEGO. Buenas nuevas?
JUAN. Sí.
DIEGO. (No haberlas
registrado ántes... imbécil!)
JUAN. Aquí una pobre mujer
á quien salvé de la muerte

me escribe; mas se hace tarde
y los momentos se pierden.
Salgamos.

DIEGO. Muy bien.

JUAN. ¿Y qué
tenemos de sexo débil?

DIEGO. Oiga! tan presto llegado...

JUAN. Qué quereis? jóven y célibe!...

AREMB. Aquí, pardiez, sin salir
capitan, de estas paredes,
hay bellezas, que no envidian
cortesanas altiveces.

JUAN. En efecto, y ya he tenido
ocasion de convencerme
de esta verdad.

DIEGO. Pero cuenta
con eso, que hay quien se ofende.

JUAN. Pues qué?

DIEGO. Ya es prenda, Teodora,
codiciada y será en breve
ajena.

JUAN. Yo lo ignoraba.

DIEGO. Sabedlo, pues.

GIRON. (Ahí le duele.)

JUAN. (Será posible!)

DIEGO. El señor
aleman, aquí presente,
es ya su esposo elegido.

JUAN. Su esposo!

AREMB. Sí; pero en ciernes.

DIEGO. Ya sabeis que ella os distingue.

JUAN. (Ingrata! infiel!)

GIRON. (Están verdes
por lo visto.) (*Ap. los dos.*)

JUAN. (Oyes, Giron?)

GIRON. (Nos dieron gato por liebre.)

JUAN. Dichoso vos que lograis... (*Á Aremberg.*)
(No puedo!)

AREMB. El trato frecuente
y el rendimiento, han labrado
en su corazon rebelde:
que á decir verdad, ya habia

desesperado que fuese
posible tanta ventura.

JUAN. La alcanza quien la merece.
—Vámonos de aquí, don Diego.

DIEGO. Como gusteis

JUAN. (Tengo fiebre.)

DIEGO. Me permitireis, señor
capitan, que luego os deje,
pues que vais acompañado
y ya á mi edad no conviene...

JUAN. Qué?

DIEGO. Los viejos no sabemos
sino amargar los placeres
de la juventud.

JUAN. No tal!
mas si vuestro gusto es ese ..

DIEGO. El alférez va con vos.
y él os servirá de intérprete.

JUAN. Adelante.

GIRON. (Á D. Juan.) (Vais contento?)

JUAN. (La sangre toda me hierve.)

ESCENA VIII.

GIRON solo.

No lleva mala saeta
el capitan.—¡Ah mujeres,
en la apariencia palomas,
y en la realidad serpientes!
(Cogiendo el sombrero y la espada.)
Vamos, sin embargo, á darlas
un vistazo, que aunque aleves
y falsas, son tan bonitas!
Yo no sé lo que se tienen!...
De camino observaremos
lo que aquí pasa, porque este
don Diego, es un gran bellaco,
si los señales no mienten.
¡Aquella cara no indica
nada bueno! ó es hereje,
ó...—Y tampoco el aleman
me ha pasado de los dientes,

(Váse por la puerta del fondo. Un momento despues, Teodora y Beatriz salen por la derecha, andando de puntillas y manifestando recelo de ser vistas.

ESCENA IX.

TEODORA, BEATRIZ.

BEATRIZ. Venid! venid!
TEODORA. Pisa quedo.
No hay nadie?
BEATRIZ. Salieron ya.
(Despues de asomarse á la puerta de la habitacion del capitan.)
TEODORA. Mira; saltándome está
el corazon.
BEATRIZ. Teneis miedo?
TEODORA. Miedo á mi desdicha extrema.
BEATRIZ. No alcanzo la causa.
TEODORA. Inés
ama al capitan; ya ves
si hay razon para que tema.
BEATRIZ. Ya! y es reciente ese amor?
TEODORA. Sí, Beatriz.
BEATRIZ. Mas cómo y dónde?...
Y él, decid, la corresponde?
TEODORA. La ama, la adora el traidor!
Bella es Inés...
BEATRIZ. Peh! no es cosa!
TEODORA. Caudal tiene, y por lo tanto.
¿quién resistirá al encanto
de mujer rica y hermosa?
BEATRIZ. ¿Pudiera con trato doble
burlaros?
TEODORA. Y eso te extraña?
BEATRIZ. No, señora, no os engaña:
le tengo yo por más noble.
TEODORA. No merece el sacrificio
de mi calma, quien se muda
tan presto, no!—Él es sin duda,
de estos que aman por oficio;

de estos que dando al donaire
más precio que al corazon,
se curan de una pasion
con dos suspiros al aire.

BEATRIZ. Estais con don Juan, terrible.

TEODORA. Y yo á jurarte me atrevo
que ama cuantas ve.

BEATRIZ. No es nuevo
el caso: será posible;
mas se debe averiguar
primero...

TEODORA. De qué manera?

BEATRIZ. Hay una.

TEODORA. Yo bien quisiera,
para poderte probar...

BEATRIZ. Los hombres fieles ó infieles,
por gusto ó por vanagloria
suelen guardar en memoria
retratos, rizos, papeles...

TEODORA. Sí; pero el asunto es grave,
y aun difícil.

BEATRIZ. No lo creo.

TEODORA. Los medios?..

BEATRIZ. Basta el deseo,
y cuando mas una llave.
(Poniendo la mano sobre la maleta del capitan.)

TEODORA. Jesús! yo eso había de hacer!

BEATRIZ. Y si por arte ú olvido
dejaron abierto el nido...

TEODORA. Abierto, dices? á ver?
(Acude á mirar apresuradamente; pero Beatriz cierra de golpe la maleta.)

BEATRIZ. No, que es mal hecho!

TEODORA. (Con enojo.) Beatríz!

BEATRIZ. Nada! nada! pues ahora
fuera á incurrir mi señora
en semejante desliz!
No digo bien?

TEODORA. (Confusa.) Sí; es verdad...
bien dices; pero qué quieres,
no es fácil en las mujeres
vencer la curiosidad.

BEATRIZ. Y por la misma razon...
TEODORA. Temo...
BEATRIZ. Á qué es ya la vergüenza?
TEODORA. Temo, Beatriz, que te venza
acaso la tentacion.
BEATRIZ. Pues soy yo la enamorada?
qué me importa?...
(Abre la maleta como distraida.)
TEODORA. (Mirando de reojo.) Pues á mí?...
BEATRIZ. Pero, qué es lo que hay aquí?
(Sacando unos papeles.)
TEODORA. Hay algo, dijiste?...
(Volviéndose á ella con rapidez.)
BEATRIZ. (Ocultando los papeles.) Nada.
TEODORA. Bien, haz lo que quieras.
BEATRIZ. Yo,
no soy...
TEODORA. Ni yo me intereso...
BEATRIZ. Pues dejémoslo. (Va á guardar los papeles.)
TEODORA. (Sin manifestar interés.) Qué es eso?
BEATRIZ. Papeles.
TEODORA. (Pausa.) Ya!
BEATRIZ. (Con malicia.) Cierro?
TEODORA. No.
(Despues de un momento de afectada indiferencia: las dos registran la maleta con avidez.)
BEATRIZ. Vedlos pronto.
TEODORA. Su retrato.
BEATRIZ. Cuentas.
TEODORA. Lo ves? deja, aparta!
BEATRIZ. Ya con ello: una carta!
Jesús? cuánto garabato!
TEODORA. Eh?
BEATRIZ. De mujer es la letra.
TEODORA. Sí, no hay duda. Capitan,
cómo os burlais de mi afan!
Amor todo lo penetra,
y no logrará el infiel
engañarme.—Ay, corazon!
cartas de su madre son.
—Tiene madre! feliz él!
Yo, huérfana desdichada,

no tengo tanta ventura,
que me faltó la ternura
de la mia, idolatrada.
(Beatriz saca en este momento de la maleta una cruz de oro, pequeña, pendiente de un cordon ó cadena. Teodora, al verla, se sobresalta.)

BEATRIZ. No, pues esta vez...
TEODORA. Qué miro!
BEATRIZ. Esta cruz no debe ser
sino prenda de mujer.
TEODORA. Sueño, Beatriz! ó deliro?
BEATRIZ. Qué teneis?
TEODORA. Era verdad!
y esclava de mi error ciego
dudé...
BEATRIZ. (Admirada.) Qué?
TEODORA. Llama á don Diego.
BEATRIZ. No os entiendo! perdonad...
TEODORA. Búscale: haz esto por mí.
Ve, no tardes.
BEATRIZ. Allá voy.
TEODORA. Ah! él viene!
BEATRIZ. Asombrada estoy!
TEODORA. Déjanos! vete de aquí.
(Beatriz se va por la derecha, y en el momento mismo sale D. Diego por la puerta del fondo.)

ESCENA X.

TEODORA, D. DIEGO.

DIEGO. Esta es la ocasion.—Qué veo!
estabas aquí, Teodora!
TEODORA. Os esperaba.
DIEGO. En buenhora.
(Si adivinó mi deseo!)
Y con qué fin?
TEODORA. La esperanza
vuestra será cumplida.
DIEGO. Teodora, estás conmovida!
Qué es lo que quieres?
TEODONA. Venganza!
DIEGO Venganza?

TEODORA. Pero de suerte
que por implacable asombre.
DIEGO. De quién, Teodora?
TEODORA. Del hombre
que dió á mi madre la muerte.
DIEGO. Le conoces? (Mirándola con recelo.)
TEODORA. ¡Pese á mí
y á este corazon liviano!
sí, le conozco: el villano,
el asesino está aquí.
DIEGO. (Dios santo!) Y quién es? (Aterrado.)
(Procurando disimular su turbacion.)
TEODORA. Don Juan.
DIEGO. No extrañes que me sorprenda...
TEODORA. Claro lo dice esta prenda
en poder del capitan.
DIEGO. Sí?—(Yo á comprender no acierto...)
TEODORA. Hablad á Aremberg: si me ama,
si de su afecto la llama
no se ha entibiado ó no ha muerto,
deme de su amor indicio
vengándome.
DIEGO. Sí; lo hará.
TEOCORA. Y en recompensa obtendrá...
de mi mano el sacrificio. (Con rosolucion.)
DIEGO. Sí; voy al punto.—(No puedo
imaginar de qué modo...
Pero, en fin; piérdase todo,
corazon! afuera el miedo.)
TEODORA. Vacilais?
DIEGO. No: mas si viene
don Juan...
TEODORA. (Con amarga ironía.) Que vendrá sin duda.
DIEGO. No sospeche...
TEODORA. Seré muda.
DIEGO. Que le entretengas conviene,
y así tendremos lugar
de disponer la sorpresa.
TEODORA. Sí, bien! (Empujándole con impaciencia.)
DIEGO. Judit portuguesa
desde hoy te deben llamar.
(Váse por la derecha.)

ESCENA XI.

TEODORA, luego D. JUAN por el fondo.

TEODORA. Pero, ¿y si escapar lograra
á mis iras? ay! si acaso
del furor en que me abraso
el pérfido se burlara!...
No puede quererlo Dios!
no; con su muerte y su afrenta,
pagará la horrible cuenta
que hoy existe entre los dos.

JUAN. Quién es?... (Saliendo.)

TEODORA. Don Juan!

JUAN. ¿Por qué es esa
agitacion?—Dicha tanta!

TEODORA. (Ya hasta el mirarle me espanta.)
Es natural mi sorpresa.
Yo, perdonad! no debí
hacer... lo conozco ahora;
pero...

JUAN. Qué os turbais, Teodora?
no tienes confianza en mi?

TEODORA. Cómo es posible!...

JUAN. Eso quiero:
mi propio honor os escuda.

TEODORA. ¿Pues quién puede tener duda
de tan noble caballero? (Con disimulada ironía.)

JUAN. Ansiaba veros, señora.

TEODORA. Tanto cuidado! y por qué?

JUAN. Herido estoy en la fe
conque mi pecho os adora.
Llena el alma de recelos
tengo, y suspiro sin calma.
Celos me punzan el alma.

TEODORA. Vos tambien! pícaros celos!

JUAN. Es decir que...

TEODORA. Fuera error
negarlo: ¿pues hay amante
que de ese dardo punzante
no pruebe acaso el rigor?

(Mirando la cruz que tiene en las manos, y llamando de este modo la atencion de D. Juan hácia ella.)

JUAN. Y tal vez en esa prenda
pensais de mi amado bien
hallar un recuerdo.

TEODORA. ¿Y quién
habrá que otra cosa entiendo?

JUAN. No: yo os juro por mi honor
que...

TEODORA. Pensará que me engaña!
¿Recuerdo es de alguna hazaña
digna de vuestro valor?

JUAN. Teodora; no es ironía?

TEODORA. Jesús! yo! líbreme el cielo!
¡con vos que sois un modelo
de nobleza y bizarría!...

JUAN. Si alguna lengua villana
me ha infamado...

TEODORA. Qué! no tal.

JUAN. ¿Mi juramento leal
vuestra sospecha no allana?
Soy soldado y caballero,
y este es mi mejor escudo.

TEODORA. Lo segundo es lo que dudo:
ya os basta con lo primero.

JUAN. Señora! si otro que vos
tal insulto me dijera ..

TEODORA. Qué hiciérais?

JUAN. Lo que yo hiciera,
no es posible entre los dos.

TEODORA. ¿Lo impiden vuestros deberes
de hidalgo?

JUAN. Si esto he sufrido...

TEODORA. Ya sé que siempre habeis sido
valiente... con las mujeres.

JUAN. Adios, señora!
(Despues de un momento de indecision, y dirigiéndose á la puerta del fondo.)

TEODORA. Qué! os vais?

JUAN. Sufrir ya más no es posible!

TEODORA. Aguardad, que estais terrible!

qué pronto que os enojais!
JUAN. Yo no os puedo comprender.
TEODORA. Flaca teneis la memoria.
—¿Quereis que os cuente una historia
que os debe de entretener?
JUAN. Bien.
TEODORA. Pero es horrenda.
JUAN. Hablad.
TEODORA. Y el héroe de ella...
JUAN. Soy yo.
TEODORA. Vaís adivinando?
JUAN. No.
TEODORA. Pues escuchadme.
JUAN. (Impaciente.) Acabad.
TEODORA. Aunque tembleis á mi voz,
dura, inflexible he de ser.
—La historia pasó á mi ver,
á dos leguas de Estremoz.
JUAN. De Estremoz, señora? (¡Es cosa
singular!)
TEODORA. Allí vivía
en una pobre alquería,
tranquila, si no dichosa,
una mujer que á su inerte
vejez, buscando un asilo,
solo aguardaba el tranquilo
reposo que da la muerte.
Que en su retiro profundo
y escudada por sus años,
pensó vencer los engaños
de la fortuna y del mundo.
Una noche, penetró
en su hogar, fiera, insolente,
no sé qué villana gente,
cuyo caudillo ..
JUAN. Era yo.
TEODORA. Tal vez.
JUAN. (Si de mi malicia...)
TEODORA. Y no pudiendo sin duda
en la ya pobre viuda
saciar su infame codicia,
aquella gente soez

entregada á su delirio,
con el postrero martirio
sacrificó su vejez.
—Sabeis la historia?

JUAN. Presumo
que sí; mas luego...

TEODORA. Acudieron
en su socorro...

JUAN. Y se vieron
envueltos en llamas y humo.

TEODORA. Ahora bien: lo quiso Dios,
porque á mi venganza cuadre.

JUAN. Esa mujer...

TEODORA. Fué mi madre.

JUAN. Y ese capitan...

TEODORA. (Con voz terrible.) Sois vos!

JUAN. (Con calma.) No es infiel vuestra memoria?

TEODORA. Ese descaro impudente!...

JUAN. ¿Y ahora, no quereis que os cuente
yo por mi parte otra historia?

TEODORA. Podreis explicar?... (Con extrañeza.)

JUAN. Tal vez.
La pasion, Teodora, es ciega,
y el juez que á escuchar se niega,
es enemigo y no juez.

TEODORA. Pero...

JUAN. En esa noche horrible,
horrible, señora, sí!
hay recuerdos para mí
de un encanto indefinible.

TEODORA. Don Juan! hay razon ni ley...
(Dando otro sentido á las palabras de D. Juan.)

JUAN. Pasaban por el camino
de Estremoz, allí vecino,
los mosqueteros del rey.
Iban marchando veloces,
cuando con espanto vieron
el raudo incendio y oyeron
tristes y confusas voces.
El capitan, como vió
el riesgo, con pecho fuerte,
menospreciando la muerte,

por las llamas penetró.

TEODORA. Y en fin?... (Con ansiedad.)

JUAN. Ya activo y violento
el fuego que consumía
la quinta, prendido había
en el último aposento.
Allí una pobre mujer
tendida halló, desmayada,
y en propia sangre bañada.
(Teodora hace ademan de preguntar al capitan y éste la interrumpe.)
—La misma debe de ser.
Cifrando por fin su anhelo
en conservarla la vida,
logró restañar su herida,
y... su afan coronó el cielo.

TEODORA. Qué decís? (Con un grito.)

JUAN. Mas temeroso
de otra nueva desventura,
á tierra de Extremadura
la hizo llevar.

TEODORA. Dios piadoso!

JUAN. Ya veis que léjos no van
las dos historias, aunque
distinta la suerte fué
de la madre y capitan.
Ella por él ruega á Dios
de su gratitud en muestra.

TEODORA. Ay!

JUAN. Y esa madre es la vuestra,
y ese capitan...

TEODORA. Sois vos.
(Cayendo de rodillas y cubriéndose el rostro con las manos.)

JUAN. Mirad. (Sacando la carta que le dió Aremberg.)

TEODORA. Es su letra! vive!
Y yo por mi ciego error...
(Se oye rumor lejano.)
Huid!

JUAN. De quién?... ¿Qué rumor
es ese que se percibe?

TEODORA. Hoy el pendon portugués

en Evora se levanta
contra España.

JUAN. Audacia tanta!
veremos... (Dirigiéndose á la puerta del fondo.)

TEODORA. (Oyéndose voces cercanas.) Ya inútil es.
Yo he sido, yo, miserable,
la causa: mi saña impía
os vendió, porque os creía
de aquel delito culpable.
Pero yo publicaré
mi error y vuestra inocencia.

JUAN. Qué lograis?...

TEODORA. Fuera imprudencia!
no, no!... disimularé.

JUAN. Mi gente?...

TEODORA. Sin duda ha sido
sorprendida.

JUAN. Ah! los malvados!...
Y Aremberg? y sus soldados?

TEODORA. Aremberg... os ha vendido.

JUAN. Cielos!

ESCENA XII.

DICHOS, INÉS, luego D. DIEGO y AREMBERG con algunos hombres del pueblo y soldados tudescos que se quedarán á la puerta del fondo.

INES. Don Juan, ved que ciego
el pueblo aquí se abalanza.
Salvaos!

TEODORA. (Viendo á D. Diego.) (Ya no hay esperanza.)

JUAN. Quién es?

INES. Mi padre!

JUAN. Don Diego!

DIEGO. Mucho quebrantar me pesa
con vos, de huésped la ley;
pero en ello de mi rey
el servicio se interesa.
Capitan, dadme la espada.

JUAN. Quién, yo?

AREMB. ¿Pensais, por ventura,

resistir?

JUAN. Fuera locura.
Tomad.

(Aremberg se ha acercado á recibir la espada de D. Juan, y éste, haciendo un gesto de desprecio, se vuelve á D. Diego, á quien la entrega.)

DIEGO. Tendreis mi morada
por cárcel.

JUAN. Gracias os doy.

TEODORA. (Nada temais.) (Al oido á D. Juan.)

INES. (Lo mismo.) (Yo os defiendo.)

DIEGO. Seguidme. (Á D. Juan.)

JUAN. Vamos.

(D. Juan se va por la puerta del fondo, escoltado por los tudescos y los paisanos. Aremberg queda en la escena contemplando á Teodora.)

INES. No entiendo!
explícame...

TEODORA. Quién?

(Volviéndose hácia Aremberg, que se habrá acercado á ella.)

AREMB. Yo soy.
Yo, que rendido os consagro
el alma. (Besándola una mano.)

INES. (Admirada.) Cómo!

AREMB. Es mi esposa.

TEODORA. Bien! (Retirando la mano con repugnancia.)

AREMB. Adios! (Se retira por el fondo.)

INES. Ya es otra cosa!
comprendo.

TEODORA. Será milagro.

INES. Aremberg es tu marido;
luego no somos las dos
rivales.

TEODORA. (Con amarga ironía.) Gracias á Dios,
que al cabo lo has entendido.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

El teatro representa la sala que sirve de prision á D. Juan, en la casa de D. Diego. Una reja al fondo y dos puertas á cada lado, de las que, las de la izquierda comunican con otras piezas, así como la de la derecha que está mas inmediata al proscenio. La segunda comunica con una escalera que da paso al exterior.

ESCENA PRIMERA.

GIRON, sentado y meditabunde.

Buena la hicimos, Giron!
no hay que pensar ni que hacer
sino mostrar lo que valen
hombres de mi honra y mi prez!
Muramos como soldado
que ha olido ya veces cien
la pólvora, combatiendo
por su patria y por su fe.
Al menos, demos ejemplo
al finchado portugués
de las almas que se crian
en las tierras de Jaen,
y al pasar entre las filas

de esa rebelada grey,
arrostremos sus miradas
con española altivez.
Pero si por dicha nuestra
de esta saliéramos bien;
si llega á tiempo la gente
de don Lope, voto al rey
Felipe, que de este pueblo
chicharrones voy á hacer.
No me ha de quedar barbado
que no lleve su por qué,
y vive Dios...

ESCENA II.

D. JUAN, sale por la derecha y GIRON.

JUAN. Con quién riñes?
GIRON. Me lo preguntais!
JUAN. ¿Á quién
das esas voces? qué es eso?
GIRON. Brabatas de portugués!
Á solas me lamentaba
de nuestra suerte cruel,
y estábaselas jurando
á esa canalla sin ley.
JUAN. Qué quieres! esto es la guerra,
Giron: la fortuna infiel,
inconstante, hoy nos ha vuelto
la espalda.
GIRON. Al cabo es mujer!
JUAN. Lo que hoy esperimentamos.
es de la suerte un revés;
mas cuando de aquí nos saquen...
GIRON. Eso temo yo.
JUAN. Por qué?
GIRON. Ah, señor! porque presumo
que no ha de ser para bien.
JUAN. Siendo nosotros soldados.
nada debemos temer,
que al cabo ..
GIRON. Se me figura,

señor, que no lo entendeis.

JUAN. Pues si osados se atrevieran
á algun desman, voto á quien!...

GIRON. Qué lograremos?

JUAN. Venganza.

GIRON. Sí, señor; pero despues.

JUAN. Tranquilízate, Giron.

GIRON. Eso es lo que no podré
hasta estrechar en mis manos
mi mosquete.

JUAN. Eso tambien.

GIRON. Si llega ese caso, vengan
portugueses, que yo sé,
dando y recibiendo balas
y entre mandoble y revés,
dar el alma; pero así,
á gentes de ese jaez
entregar yo mi pellejo...
—Señor! no lo hago por bien.

JUAN. Yo espero que llegue pronto
nuestra gente.

GIRON. Bah!

JUAN. Y áun sé
que en el pueblo andan confusos.

GIRON. Y nuestro huésped?

JUAN. En él
cifro mi esperanza toda,
y cuando me venga á ver...

GIRON. No llegue tarde don Lope,
que lo demas...

JUAN. De esta vez
yo sé que el señor don Diego
sus pactos me habrá de hacer.

GIRON. Qué habeis dicho?

JUAN. Un talisman
en esta carta encontré,
poderoso, inesperado.

GIRON. Cuenta que no os engañeis!

JUAN. Tú verás: ante su influjo
no habrá puerta ni cancel
que no ceda.

GIRON. Si es así,

démonos el parabien.
Pero me temo...

JUAN. Giron,
bien dijiste: el tutor es
un pícaro redomado.

GIRON. Vaya que sí dije bien!
Si de aquí salgo por dicha,
me ha de pagar con la piel,
voto á Cribas!

JUAN. Ya veremos
lo que ha de hacerse despues.
Pero dime, ¿no han traido
algun recado ó papel
de aquella dama?

GIRON. Señor!..

JUAN. Responde.

GIRON. Es mujer tambien,
y por lo tanto...

JUAN. Qué?

GIRON. Es falsa.

ESCENA III.

DICHOS y BEATRIZ por la puerta segunda de la derecha.

BEATRIZ. Miente!

GIRON. Beatriz!

JUAN. Ya lo ves.

BEATRIZ. Quién dice?...

GIRON. Soy un menguado.

BEATRIZ. Necio!

GIRON. Digo que pequé.

BEATRIZ. Si no mirara ..

JUAN. Beatriz!

BEATRIZ. Perdóneme vuesarced,
que al oir á este canalla
no me supe contener.

JUAN. Qué hay de Teodora?

BEATRIZ Tomad,
en esta cesta teneis
provisiones.

GIRON. Provisiones! (Acercándose.)

BEATRIZ. Pero no son para él.
GIRON. Pues tú conmigo te enojas?
—Qué nos traes? á ver, á ver!...
(Registrando la cesta.)
JUAN. Y nada mas?
BEATRIZ. Pues dudabais
de que faltara el papel...
JUAN. Dónde está?
BEATRIZ. Tomad.
GIRON. Qué miro!
ahora digo que ángel es
como el otro de Abacuc.
Pollos, frutas de sarten,
vive Cristo! y un vinillo
que parece moscatel!
Oiga! puñales, pistolas!
Ay! hembra de L cifer!
tras de la cruz está el diablo.
JUAN. (Á Beatriz.) Responde que así lo haré.
GIRON. ¡Y cómo has podido tú
penetrar?...
BEATRIZ. Pues diga, ¿hay quién
pueda negar cosa alguna
á mozas de mi jaez?
GIRON. Concedido.
BEATRIZ. Y como al cabo
mi pobre señora fué
la causa de esto, confian
en nuestra lealtad.
GIRON. Ya! pues!...
BEATRIZ. Adios, y sepa el menguado
que entre las hembras hay fe,
y consecuencia y constancia. (Con énfasis.)
(Váse por la derecha.)
GIRON. (Asombrado.) No me queda más que ver!

ESCENA IV.

D. JUAN y GIRON.

JUAN. Giron! ensancha ese pecho.
GIRON. Ahora ya, nada me aflige.

(Acariciando las pistolas.)

JUAN. Fué cierto lo que te dije.
Mi esperanza ha satisfecho
esta carta: ya murmura
el pueblo, y la empresa loca
de don Diego, á su fin toca:
nuestra victoria es segura.
Don Lope, con la noticia
del caso, á darnos favor
viene; y temiendo el rigor
severo de su justicia,
desconcertados están
los tudescos.

GIRON. (Con alegría.) Vive Cristo!

JUAN. Y ha escapado, por lo visto,
el alférez aleman.

GIRON. Hizo bien; porque si llega
el maestre á poner la mano
sobre él...

JUAN. Amor es tirano
fatal, que al más noble ciega.

GIRON. Oiga?

JUAN. Esperando alcanzar
la posesion de Teodora,
no ha temido la traidora
insurreccion apoyar:
mas sin duda, convencido
de que es temeraria empresa,
renuncia á la portuguesa
adoptando este partido.

GIRON. Es decir, que ya no debe
tardar don Lope.

JUAN. No.

GIRON. Luego
ya estará nuestro don Diego
buscando...

JUAN. Le espero en breve.
Tenemos que ajustar cierta
cuentecilla.—Adentro voy;
si acaso viniere...

GIRON. Estoy
en ello: viviré alerta.

JUAN. Estas armas servirán
muy pronto, si no me engaño.
(Poniéndose dos pistolas en el cinto, pero de modo que queden ocultas. Giron le imita.)
GIRON. Sí, señor: no será extraño
conforme las cosas van.
JUAN. Ten cuidado. (Éntrase por la izquierda.)

ESCENA V.

GIRON, luego INÉS y TEODORA.

GIRON. Arda la tierra!
vengan ahora, si se atreven,
esos villanos, y prueben
el valor que aquí se encierra.
No, corazon, no te ablandes
y haz muestra, valiente, airado,
de lo que vale un soldado
de aquellos tercios de Flándes.
Lleguen y verán, en fin,
cómo, con ánimo fuerte
saben despreciar la muerte
los héroes de San Quintin.
Voto al diablo! en mi elemento
estoy ya... Más si el oido
no me es infiel, hacen ruido...
(Acercándose á la puerta de la derecha.)
—No me engañé: pasos siento
No me verán las espaldas! (Aplicando el oido.)
—Necio de mí! ya se entiende
lo que es: ¡hasta aquí trasciende
un olorcillo de faldas!...
(Inés y Teodora salen por la derecha.)
INES. Espera un poco.
TEODORA. No vienes?
INES. Si álguien nos siguiera...
TEODORA. No:
respira.
INES. Te envidio yo
la serenidad que tienes,
TEODORA. Aquí hay un hombre.

INES. ¡Ay!
TEODORA. Quién es?
GIRON. No tema vueseñoría.
TEODORA. Es Giron?
GIRON. Señora mia,
es quien besa vuestros piés.
TEODORA. Pues cómo aquí?
GIRON. Prisionero
como todos, he logrado
ablandar el despiadado
corazon de un carcelero.
Compartir quise la suerte
de mi señor.
INES. Eres fiel!
GIRON. Si muere, quiero con él
tambien arrostrar la muerte.
TEODORA. Si ya lo sabe don Diego...
GIRON. Aun presumo que lo ignora;
mas si interponeis, señora,
el poder de vuestro ruego...
TEODORA. Bien; ya veremos.
GIRON. Supongo
que avisar debo á mi dueño.
TEODORA. (Á Inés.) Por mí, si tienes tú empeño
en ello...
INES. Bien! no me opongo.
Tener piedad no es delito.
GIRON. Quién á dudarlo se atreve?
INES. La causa que aquí nos mueve,
no es otra.
GIRON. No necesito
de pruebas para admirar
vuestra inaudita clemencia.
TEODORA. Bien; vé.
GIRON. Con vuestra licencia.) (Váse.)
TEODORA. Qué, en fin, le quieres hablar?
INES. Si quiero? de qué te admiras?
Puesto que amor ya no sientes
por él, no espero que intentes...
TEODORA. Yo amor, Inés? tú deliras!
INES. Ó celos.
TEODORA. Tampoco celos;

sino horror.
INES. (Mentira y dolo!)
TEODORA. Por acompañarte sólo
vine, lo saben los cielos.
INES. Pues, Teodora, la verdad,
fué exacto lo que ántes dije:
si bien su estado me aflige,
lo que fué amor, ya es piedad.
TEODORA. Calla!

ESCENA VI.

DICHAS, D. JUAN y GIRON.

JUAN. Perdonad si os hice
esperar.—(Ap. los dos.) (Oye, Giron,
desde esa puerta...)
GIRON. (Ya entiendo.)
JUAN. Avisa si oyes rumor.
(Giron se coloca á la puerta de la derecha, en actitud de observar lo que pasa fuera.)
Tanta ventura...
INES. Os extraña?
JUAN. Bendigo yo mi prision,
cielo ya, pues que le alumbra
de vuestra hermosura el sol.
TEODORA. (Con afectada sequedad.)
Excusad esas lisonjas,
don Juan.
INES. (Ap. á D. Juan.) (No veis qué rigor?)
JUAN. (En efecto.) (Á doña Inés fingiendo admiracion.)
INES. (Y ella ha sido
causa de esta rebelion.)
TEODORA. (Á D. Juan.) (Me sigue como mi sombra.)
INES. (Id.) (Hasta aquí me acompañó
recelosa: es mi tormento.)
TEODORA. Si acá vinimos las dos
no os imagineis que ha sido
por lástima ó por favor.
JUAN. Ya sé que os debo, señora,
mi desventura, y que sois
mi enemiga.
TEODORA. (Con intencion.) ¿Y qué os importa

si hay quien se acuerde de vos?

INES. (Tiene celos.) (Á D. Juan.)

JUAN. Yo esperaba
de ese noble corazon
consuelo á mi desventura,
piedad si consuelo no.

INES. (Á D. Juan.) (No sabeis que os aborrece?)

JUAN. (Á Inés.) (Es posible! alma feroz!)

TEODORA. Piedad! no la mereceis.

JUAN. Eso! aumentad mi dolor!
No la merece quien hace
de su afecto adoracion,
y rendido á vuestras plantas...

INES. Paso!

JUAN. Qué?

INES. Donde yo estoy...

JUAN. (Á Inés.) (Mentirla amores conviene:
no la saqueis de su error.)

INES. (Conviene?)

JUAN. (Pues! sólo así
vencemos su obstinacion.)

INES. (Extremado pensamiento!)

TEODORA. Y os atreveis, vive Dios!
á ofrecerme?...

JUAN. Por qué?

TEODORA. Es ya
muy codiciado ese amor.

INES. Qué es lo que dices?

TEODORA. No es cierto?
tambien á tí te engañó
mintiéndote fé y jugando
con tu inocencia y candor.

INES. Pues bien: yo quiero que veas
mi nobleza y condicion.
Si en eso estriba tu dicha;
si yo el obstáculo soy
que intimida á tu esperanza,
acéptala sin temor;
pero en cambio cesen ya
tus iras.

TEODORA. (Á D. Juan admirada.) (Eso...)

JUAN. (Á Teodora.) (Es ficcion.)

TEODORA. Inés, te empeñas en vano:
tiene causa mi rencor...
INES. Basta! yo sé que le quieres:
tú me lo has dicho.
TEODORA. Quién, yo?
INES. No lo niegues.
TEODORA. No esperaba
que tú me hicieras traicion.
Revelar mis sentimientos!
INES. (Á D. Juan.) Ya lo veis! es el rubor
el que impide...
TEODORA. Calla!
INES. Dejad!
si se revela en tu voz...
TEODORA. Tanto harás!...
INES. No os lo decía?
TEODORA. Pero el que una vez faltó
á su fé, no será extraño
ni nuevo que falte dos.
—Sin embargo, no resisto.
INES. (Á D. Juan.) (Qué pronto que lo creyó.)
JUAN. Dejad que esa blanca mano...
(Va á besar la mano á Teodora: Inés le detiene.)
INES. Eh?
JUAN. (Ap. los dos.) (Para hacer la ilusion
completa...
INES. (No, por mi vida!
no os quiero besucador!)
TEODORA. En fin; si á mis piés ofrece,
que será, como ofreció,
constante, no será extraño...
JUAN. (Hincando una rodilla.)
Yo os juro á fé de español,
no olvidar á la que adoro.
TEODORA. Si es así, palabra os doy
de amaros.
INES. Y de salvarle?
TEODORA. Oh! sí, Inés; tienes razon.
GIRON. Si no me engaño, relevan
la centinela.
TEODORA. Gran Dios?
JUAN. Qué os asusta?

TEODORA. Sobornado
ese hombre, entrada nos dió,
y ahora tal vez...

JUAN. Estais presas.

TEODORA. Presas!

INES. Pero eso es atroz!
Es preciso que salgamos.

GIRON. Y no es eso lo peor,
sino que don Diego viene.

INES. Mi padre!

TEODORA. Ay!

JUAN. (Con alegría.) (En qué ocasion!)
Escondeos aquí, y os ruego
que ninguna de la dos
pierda una sola palabra
(Las hace entrar por la izquierda.)
de lo que hablemos.—Giron,
ocúltate.

GIRON. Estoy en todo.

JUAN. Escucha, y ojo avizor.
(Giron entra por la primera puerta de la derecha: un momento despues, sale D. Diego por la segunda del mismo lado.)

ESCENA VII.

DICHOS y D. DIEGO.

DIEGO. Don Juan, si me dais licencia...

JUAN. Ironía! ¿el carcelero
la pide á su prisionero?

DIEGO. Si os enoja mi presencia...

JUAN. Entrad, don Diego: yo sé
que os interesa, y no poco,
esta venida.

DIEGO. Tampoco
(Dejando la capa y el sombrero sobre una silla.)
os está mal.

JUAN. Ya veré.

DIEGO. Sentémonos.

JUAN. Que me place. (Se sientan.)

DIEGO. Estais bien aquí?

JUAN. No soy
exigente: bien estoy.
DIEGO. Eso no me satisface.
Quiero que vivais aquí,
puesto que, libre, no sea
posible, como desea
la voluntad que hay en mí.
JUAN. Gracias. (Dónde irá á parar?)
DIEGO. Ya veis que al fin me he lanzado
otra vez, al ya olvidado
ejercicio militar.
JUAN. Y os va bien?
DIEGO. Sí.
JUAN. Con franqueza:
¿responde á vuestra esperanza
el éxito?
DIEGO. La balanza
á inclinársenos empieza.
JUAN. Es decir, que no va mal.
DIEGO. Cierto! y será maravilla
que nos quede de Castilla
un soldado en Portugal.
Ya empiezan las deserciones.
JUAN. Imposible.
DIEGO. De esta guerra
injusta, el fin les aterra
y abandonan sus pendones.
La justicia nos abona
de nuestra causa.
JUAN. Sucede
á veces...
DIEGO. Ya contar puede
por suya el prior la corona.
Y si vos...—Pudiera ser
que os conviniese.
JUAN. Hablad claro.
DIEGO. Os tengo aquí sin amparo,
rendido y en mi poder.
Pues bien, si á esta causa justa
dais de adhesion testimonio...
JUAN Yo servir á don Antonio!
DIEGO. Teneis la conciencia adusta!

JUAN. Yo no quebranto la ley
que debo...
DIEGO. Á quién? á un tirano!
JUAN. Don Diego!... no está en mi mano
hacer más; ese es mi rey,
y benignas ó severas
sus leyes sustentaré,
y á verter mi sangre iré,
donde vayan sus banderas.
Juré lealtad, y un momento
no me ha podido turbar
la idea de quebrantar
mi sagrado juramento.
DIEGO. Mas la razon, la prudencia,
bien pueden. .
JUAN. Ya estais cansado!
Nada le importa al soldado
tanto, como la obediencia.
No es otra su obligacion;
y cuando vienen rodadas
y hay guerra, dar cuchilladas
con razon ó sin razon:
DIEGO. Pésame que os obstineis
en rechazar el partido...
JUAN. Nunca!
DIEGO. Vos lo habeis querido?
por lo tanto, no os quejeis.
JUAN. Pues qué?
DIEGO. Ya está vuestra suerte
decidida, y á fé mia
que tan solo pretendía
libertaros de la muerte.
JUAN. Faltareis á la lealtad...
DIEGO. Yo del peligro os prevengo:
JUAN. Y yo en ese punto tengo
completa seguridad.
No es noble ni bien nacido
quien de su poder abusa.
DIEGO. Es, don Juan, que se os acusa
de un crímen.
JUAN. (Con violencia.) Quién ha podido.:.
DIEGO. Yo de ofenderos no trato;

pero hay cosas...
JUAN. (Calmándose.) Decid, pues.
sin temor: y el crímen es?. .
DIEGO. De incendio y asesinato.
JUAN. ¡Ya hay causa para el rigor
conque tratarme pretende
vuestra cólera!
DIEGO. Se entiende,
que hay pruebas.
JUAN. Eso es peor.
DIEGO. Bien lo podeis colegir,
cuando tal proyecto formo.
JUAN. Si eso es así, me conformo
y me dispongo á morir.
Pero ántes saber quisiera
dónde y cómo pasó el lance
horrible, que á tan mal trance
me lleva de esta manera.
DIEGO. Supongo que conoceis
esta prenda. (Sacando la cruz.)
JUAN. Cierto: es mia. (Cogiéndola.)
DIEGO. Me pasma vuestra osadía!
JUAN. No es poca la que teneis.
DIEGO. Decidme; ¡cómo llegó
á vuestras manos, y dónde,
esta prenda? no responde?
JUAN. Vos lo sabeis como yo.
DIEGO. Sí; lo sé! por eso mismo;
por no sé qué simpatía
necia, salvaros queria
á la orilla de un abismo.
Esta es la prueba fatal
del crímen.
JUAN. (Y no le mato!)
DIEGO. De un horrendo asesinato.
JUAN. Lo vais explicando mal.
DIEGO. No siempre la tumba es muda.
—¿No veis la sombra de Elena
que inexorable os condena?
JUAN. Elena decis? (Fingiendo no acordarse.)
DIEGO. La viuda!
JUAN. Pero... estais en un error.

Los que el crímen cometieron,
ni aun consumarle supieron.

DIEGO. No entiendo! explicaos mejor.

JUAN. La viuda, debió tener
algun oculto enemigo
sin duda.

DIEGO. Tal vez: no digo
que no.

JUAN. Todo puede ser.
Y ese enemigo, quizá,
—suponiendo que existió,—
cuando el crímen cometió,
llevaba otro objeto.

DIEGO. (Turbado.) Ya!
Pero esos cargos...

JUAN. Son fieles,

DIEGO. Y para caso tan grave,
qué pudo buscar?

JUAN. Quién sabe?

DIEGO. Joyas, dinero?...

JUAN. Ó papeles. (Pausa.)

DIEGO. ¿Mas supuesto que así sea,
que yo, perdonad, lo dudo,
el bribon al fin no pudo
llevar á cabo su idea?

JUAN. No.

DIEGO. Y pasto de aquel voraz
incendio...

JUAN. Lo errais, don Diego.

DIEGO. Qué, se salvaron del fuego?

JUAN. Ciertamente.

DIEGO. Vaya en paz.
(No desmayes, corazon!)
Conque así? (Con soflama.)

JUAN. Como lo oís! (Lo mismo.)

DIEGO. Ya esas cosas que decis
pasan de suposicion.

JUAN. Y cómo!

DIEGO. Pues de ese modo,
de lo contrario encubierto,
no era ficcion.

JUAN. No por cierto.

DIEGO. Válgame Dios! (*Con fingida admiracion.*)
JUAN. Y á mí y todo.
DIEGO. Y esos papeles sin duda
contienen...
JUAN. Frioleras: tales
como recibos y vales
en favor de la viuda.
DIEGO. Entiendo, entiendo! ¿y están
en vuestro poder? (*Sobresaltado.*)
JUAN. No digo...
DIEGO. ¿Y si ese oculto enemigo
los quisiera, capitan! (*Con decision.*)
JUAN. Le conoceis?
DIEGO. Un tesoro
os dará.
JUAN. Yo bien lo creo!
mas...
DIEGO. Cuál es vuestro deseo?
á montes pedid el oro.
JUAN. Pues se puede entre los dos
este negocio tratar?
(*Despues de mirarle fijamente un instante.*)
Me vais á hacer sospechar
que ese enemigo sois vos.
DIEGO. Pues bien, yo soy.
TEODORA. (*Asomada á la puerta.*) Ah!
DIEGO. ¿Qué precio
poneis? cuanto tengo y valgo
es vuestro, don Juan.
JUAN. Ya es algó;
sin embargo. lo desprecio.
No hay en el mundo riqueza
que pague tan gran tesoro.
DIEGO. Y lo que quereis?...
JUAN. No es oro.
DIEGO. No? pues qué!
JUAN. Vuestra cabeza.
DIEGO. Os quereis burlar!
JUAN. Os juro
que no.
DIEGO. Mirad que os hallais
en mi poder, y aún no estais

de la victoria seguro.

JUAN. No os admire mi confianza.
Áun no sabeis por completo
en qué estriba mi secreto,
que es á la par mi esperanza.

DIEGO. Pero si el secreto espira
con vos, como está en mi mano
hacerlo...

JUAN. Todo es en vano.

DIEGO. Vuestra entereza me admira!
¿Pues hay alguno quizás
que lo sepa como vos?

JUAN. Ántes sólo éramos dos;
pero hoy ya son muchos más.

DIEGO. Es decir, que estoy perdido!

JUAN. Así parece.

DIEGO. Aunque bien
mirado, no es fácil: ¿quién
las pruebas ha sorprendido
de mi crímen? era oscura
la noche; Elena murió,
y nadie allí entrar me vió.

JUAN. Y eso, quién os lo asegura?
Ah! ¿quereis que de ese horrible
delito la causa toda
os explique?

DIEGO Me acomoda.

JUAN. Lo sé todo.

DIEGO. Es imposible.

JUAN. Los bienes de que hoy gozando
estais, no son vuestros.

DIEGO Cierto;
pero...

JUAN. No bien hubo muerto
vuestro socio don Fernando,
como en vuestras manos todo
estaba, libros y rentas,
hicísteis córte de cuentas....
no hay que decir de qué modo.
Las pruebas de vuestro engaño
tan sólo darlas podía
don Fernando, y éste había

perecido en país extraño.
Pero algun amigo fiel
que más dichoso, alcanzó
la libertad y volvió
desde las playas de Argel,
trajo á la viuda esas pruebas
que os debieron despojar.

DIEGO. Oh! sí!

JUAN. Comprendo el pesar
que os causaron tales nuevas.
Vísteis á la viuda, y ciego,
despues que en vano empleásteis
la persuasion, la matásteis.
—Esta es la historia, don Diego.

DIEGO. Oh! no extrañeis que me asombre!
decidme, en fin, con quién hablo?

JUAN. Pues! por qué?

DIEGO. (Si no es el diablo,
le tiene en el cuerpo este hombre!)

JUAN. Admirado estais

DIEGO. Sí á fé.

JUAN. Basta! os sacaré de pena.

DIEGO. Tan sólo viviendo Elena...
mas no es posible!
(Mirando á D. Juan con ansiedad.)

JUAN. Por qué?

DIEGO. Sí, sí!... lo comprendo ahora!
Imbécil!

JUAN. Vive la viuda;
y por si os quedare duda,
mirad. (Sacando la carta y enseñándosela.)

DIEGO. Fortuna traidora!
(Pasando la vista por la carta con rapidez.)

JUAN. Yo á los brazos de la muerte,
impulsado por mi estrella,
la arranqué: pero en aquella
ocasion, postrada, inerte,
nada revelarme pudo
de aquel horrible suceso;
pero esta carta...

DIEGO. Ni áun eso (Furioso.)
os salvará.—Por qué dudo?

Puesto que ya sin amparo
os tengo aquí, vos me habeis
de pagar...

JUAN. Ved lo que haceis,
don Diego, no os cueste caro!

DIEGO. De mi crímen sois testigo.

JUAN. Y qué quereis? fué desgracia.

DIEGO. Oh! yo domaré esa audacia.

(D. Diego va á herir á D. Juan, y éste, haciéndose atrás, le encara una pistola, y otro tanto hace Giron por el lado opuesto. Las mujeres se interponen.)

ESCENA VIII.

DICHOS, TEODORA, INÉS y GIRON.

JUAN. Atrás!

DIEGO. Cómo! (Sorprendido.)

JUAN. Atrás os digo!

TEODORA. Don Juan!

INES. Padre!

DIEGO. (Con abatimiento.) Dios del cielo!
¿quiere ya tu Providencia
que se cumpla mi sentencia?

INES. Piedad!

JUAN. (Ap. á D. Diego.) (Se ha rasgado el velo.)
Tú, Giron! si á dar se atreve
un grito, no tengas de él
compasion.

GIRON. Suelta la piel
á mis manos si se mueve.

(D. Juan coge el sombrero y la capa de D. Diego, y disfrazado de este modo se va por la puerta de la derecha.)

DIEGO. Pese á mis iras!

GIRON. Mirad
lo que haceis, porque os lo advierto:
si dais un paso sois muerto.

INES. Giron! Giron, por piedad!

GIRON Jugando estamos el todo,
y aquí no hay piedad que valga.

TEODORA. No, no permitas que salga.
GIRON. Permitir! de ningun modo.

ESCENA IX.

D. DIEGO, INÉS, TEODORA, GIRON y PEREIRA, que sale desalentado.

PEREIRA. Favor.—Ah! (Viendo á Giron.)
DIEGO. Y el capitan?
PEREIRA. Huyó. (Se oye un tiro.)
TEODORA. Qué es eso!
(Asustada y asomándose á la reja del fondo.)
DIEGO. ¡La suerte
me ayuda! le han dado muerte!
GIRON. Lo veremos, voto á San...
(Váse per la derecha.)
DIEGO Y tú, imbécil...
PEREIRA. Yo no puedo
remediar...
DIEGO. Dime, por qué
le dejaste?
PEREIRA. Yo no sé:
me parece que fué miedo.
DIEGO. Ven, y nada te acobarde.
(Se oyen á lo lejos voces.)
PEREIRA. Ya no hay esperanza alguna.
DIEGO. Probaremos la fortuna.
Pereira! acaso aun no es tarde.
(Váse con Pereira.)

ESCENA X.

INÉS, TEODORA.

INES. Y le dejas!
TEODORA. ¿Quién podría
detenerle?
INES. Cómo ha sido
que don Juan?...
TEODORA. Nada has oido?
INES. Nada, Teodora, á fé mia.

No quisiste consentir
que oyese todo el relato,
y obedecí tu mandato.
TEODORA. Hiciste bien en no oir.
Por tu dicha te conjuro!
Ay! si averiguar pretendes
este secreto, y sorprendes
la verdad.
INES. No; te lo juro.
Teodora, no sé qué imperio
ejerce en mí tu mirada!
TEODORA. No procures saber nada
de ese espantoso misterio.
(Vuelven á oirse las voces.)
Oyes? (Ambas se dirigen á la reja.)
INES. Si; ¿más por qué son
esas voces?
TEODORA. ¿No se escucha
rumor de armas?
INES. No, aunque es mucha
la grita y la confusion.
TEODORA. Engañarme no quisiera!
(Acercándose á la puerta de la derecha y aplicando el oido.)
INES. Ese rumor me intimida!
Si de mi padre la vida
peligrara!...
TEODORA. Calla: espera!
Alguien viene.
INES. Pero quién?
Ah! (Viendo salir á D. Juan.)

ESCENA XI.

DICHAS y D. JUAN.

JUAN. Respiremos.
INES. Qué veo?
TEODORA. No me engaña mi deseo.
JUAN. Al fin salimos con bien.
INES. Mi padre...
JUAN. Sin duda ha huido.

De la puerta salí apenas,
las calles encontré llenas
por el pueblo conmovido.

TEODORA. Mas cómo fué?...

JUAN. En un momento
la nueva de que venía
don Lope cundido había;
y fué tal el desaliento
de esa turba, que encontré
plazas y calles sembradas
de mosquetes y de espadas.

TEODORA. Y don Diego?

JUAN. Nada sé.

TEODORA. Sin duda que habrá logrado
salvarse.

JUAN. Pues si cayera
en mis manos..

INES. Qué? (Con timidez.)

JUAN. Es severa
la ley.

TEODORA. (Ap. á D. Juan.) (Callad, desdichado!
Ella ignora cuanto aquí
hablásteis, y está inocente
de aquel crímen.)

JUAN. (Ciertamente!
qué he dicho? necio de mí!)
Inés! que alenteis os ruego.

INES. Ah! no!

JUAN. Segun mis noticias,
huyó vuestro padre.

ESCENA XII.

DICHOS, GIRON y despues D. DIEGO, conducido por algunos soldados castellanos, que se quedarán á la puerta de la derecha sin salir.

GIRON. Albricias!
cayó en la trampa don Diego!

INES. Ah!

TEODORA. Qué has hecho?

GIRON. (Admirado.) Pese á tal!...

INES. Padre! (Corriendo hácia D. Diego.)

DIEGO. Don Juán; aquí estoy
en vuestro poder: yo soy
vuestro enemigo mortal.
Aquí teneis mi cabeza;
mas que apresureis os pido
mi muerte.

INES. (Aun no está perdido
todo: es tanta su nobleza!)
(Ap. á D. Diego y mirando á D. Juan.)

DIEGO. No; yo no puedo vivir...

TEODORA. Por qué razon?

DIEGO. (Mirando á su hija.) Ya lo ves.

TEODORA. (Bien quiso escucharlo Inés;
mas yo lo pude impedir.) (Ap á D. Diego.)

DIEGO. Es posible! ¡tras de tantas
angustias, este consuelo
me das! ay! besaré el suelo
donde pisaren tus plantas!

TEODORA. Callad!—(De aquí ha de salir (Ap. á D. Juan.)
libre don Diego.)

JUAN. (Imposible!
olvidais la historia horrible!...)

TEODORA. (Sé lo que vais á decir.)

JUAN. (Debe vuestra madre á ese hombre
tanto dolor. tan amargo.)

TEODORA. (Teneis razon; sin embargo,
yo le perdono en su nombre.)

JUAN. (Magnánimo corazon!)
Este hombre no es delincuente.
(Alzando la voz.)

GIRON. Cómo! (Admirado.)

JUAN. (Despacha á esa gente, (Ap. á Giron.)
y disimula, Giron.)
(Giron se acerca á los soldados, que un momento despues se retiran.)

DIEGO. Gracias, don Juan.

JUAN. (Ap. los dos.) (Ahora os vais
donde aun los vuestros se baten.)

DIEGO. (No, no!)

JUAN. (Sí, y haced que os maten
tan pronto como podais.)

DIEGO. (Es verdad: solo una muerte
honrada, podrá expiar
mi culpa.)

JUAN. De este lugar
salid luego: de otra suerte
no respondo ..

DIEGO. Decís bien;
mas para salir del muro...

JUAN. Tú irás hasta que en seguro
de todo peligro estén. (Á Giron.)

INES. Don Juan, esta era mi estrella: (En voz baja)
puesto que Teodora os ama;
yo, sofocando esta llama,
me sacrifico por ella.

JUAN. (Pobre Inés!)

INES. Amadla vos.

JUAN. Si me lo mandais...

INES. Es justo.

JUAN. Lo haré por ser vuestro gusto.

INES. Adios para siempre.

JUAN. (Mirándola con lástima.) Adios!

GIRON. (Yo en esto no entro ni salgo;
pero...)

DIEGO. (Á Inés.) Ven: no hay un momento
que perder.
(Se dirige á la puerta de la derecha con Inés.)

GIRON. (En fin... lo siento
que se me vaya sin algo.)

ESCENA XIII.

TEODORA, D. JUAN, luego BEATRIZ.

JUAN. Y vos, Teodora...

TEODORA. (Conmovida.) Don Juan?...

JUAN. Pues nada hay ya que lo impida,
¿querrá esa mano querida
poner término á mi afan?

TEODORA. Si es muy grande vuestro empeño,
madre tengo á quien podeis
pedirla, y la alcanzareis,
porque os quiere bien su dueño.

BEATRIZ. Llego á buen tiempo?
TEODORA. Beatriz!
BEATRIZ. Dia de albricias es hoy!
Me habré engañado?
TEODORA. No: soy
completamente feliz.
BEATRIZ. No se os conoce el contento! (Con malicia.)
JUAN. Y ahora, con vuestro permiso...
BEATRIZ. Nos dejais?
JUAN. Sí: me es preciso
buscar nuevo alojamiento.
TEODORA. Oh! gracias!
BEATRIZ. ¡Es un tesoro
el capitan!
JUAN. Será corta
mi ausencia; pero esto importa
por vos, por vuestro decoro.
TEODORA Sí, don Juan.
JUAN. Ya no habrá calma
para mí.
TEODORA. Por qué razon?
JUAN. Se queda aquí el corazon!
TEODORA. Y vos... me llevais el alma!

FIN DE LA COMEDIA.

TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Propiedad que corresponde
ZARZUELAS.			
terno seco	1	Sres. Navarro, Gamayo y Nieto	M. y 1/2 L.
¡A la pradera! ¡Á la pradera!	1	D. L. Arnedo	M.
amoens	1	Márcos Zapata	L.
atalanes de Gracia	1	L. P. de Guzman	L.
ar la Castaña	1	M. F. Caballero	M.
ar la hora	1	E. Navarro	L.
os siglos en una hora	1	L. Arnedo	M.
l estilo es el hombre	1	Manuel Nieto	M.
l lavadero de la Florida	1	Sres. Ossorio y Guillen	L.
l ruiseñor	1	Bolumar, Melendez y Reig	L. y M.
star en vilo	1	D. M. de Larra y Ossorio.	L. y M.
l conquistador	1	N. Manent	M.
uego y estopa	1	Banquells y Reig	L. y M.
os bonitos	1	M. F. Caballero	M.
os	1	Guillermo Cereceda.	M.
os pretendientes de Cármen	1	Manuel Cuartero	L. y M.
aura	1	N. Manent	M.
a por	1	N. Manent	M.
a Patti y Nicolini	1	Cuesta y Criado	L.
is Zœ	1	José de la Cuesta	L.
oche-Buena	1	Cuesta y Criado	L.
ardalets al cap	1	N. Manent	M.
etaca y boquilla	1	N. Manent	M.
etreta	1	M. Nieto	M.
tiar por hambre	1	Cuesta y Criado	L.
n contrata	1	Cuesta Criado y Nieto	L. y M.
na tiple averiada	1	J. Olona	L.
posta del Sol	2	N. Manent	M.
osas de España	2	Cuesta y Criado	2/3 L.
l santuario del valle	2	Márcos Zapata	L.
as dos llaves	2	Sres. Zumel y Taboada	L. y M.
o sagristá de San Roch	2	D. N. Manent	M.
l anillo de hierro	3	Márcos Zapata	L.
a abadía del Rosario	3	Márcos Zapata	L.
a tapada del Retiro	3	N. Manent	M.
o cant de la Marsellesa	3	N. Manent	M.
o reloje del Montseny	4	N. Manent	M.

OBRAS DIVERSAS.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

En las librerías de *D. José Gaspar*, calle de la Montera número 3, de los *Sres. Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, núm. 9; de *D. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo, núm. 2; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, número 7; de *D. Manuel Rosado*, Puerta del Sol, núm. 9; de los *Sres. Córdoba y Compañía*, Puerta del Sol, núm. 14; de los *Sres. Simon* y *Osler*, calle de las Infantas, núm. 18; de los *Sres. Gaspar*, editores, calle del Príncipe, núm. 4; *D. Eduardo Martinez*, calle del Príncipe, núm. 20, *Saturnino Calleja* Paz, núm. 7; *D. Eugenio Sobrino*, Santiago núm. 1, y de *Do Miguel Guijarro*, preciados, 5.

PROVINCIAS Y ULTRAMAR.

En casa de los Corresponsales de esta Galería.

PORTUGAL.

Agencia de *D. Miguel Mora*, Rua do Arsenal, núm. 94.—Lisboa.

FRANCIA.

Librería de *Mr. E. Denné*, 15, Rue Monsigny, París.

ALEMANIA.

Mr. Wilhelm Friedrich, editeur, Leipzig.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á los EDITORES, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.